

📖 CAPÍTULO VIII: *"Los Ecos Bajo la Muralla"*

> *"La guerra no comienza con un disparo. Comienza con un susurro entre los muros y una vela encendida donde antes solo había sombra."*

> **—Eustratios, Archimandrita de Mangup**

🧥 I. *El Espía del Muelle*

14 de noviembre, hora Nona. Balaklava.

La tarde se arrastraba perezosa sobre el puerto menor, el sol agonizante teñía de óxido las aguas del Mar Negro. La brisa, cargada del **olor acre de brea recién derretida**, de **redes viejas secándose al viento salino** y de **pescado olvidado en los rincones de los muelles**, traía consigo algo más: **un presentimiento espeso, pegajoso como alquitrán**.

Entre los barriles de sal apilados como fortalezas efímeras, la **Guardia del León** vigilaba. **Ilyas**, el centinela tuerto cuya cicatriz le cruzaba el rostro como un mapa de batallas perdidas, apoyaba su peso en la lanza nueva de acero oscuro. Su ojo bueno, agudo como el de un halcón, seguía a un cargador joven que acarreaba sacos con una eficiencia inquietante. *Demasiado eficiente*. El muchacho decía llamarse **Leo de Sudak**, aceptado tres días atrás por necesidad de brazos. Pero Ilyas recordaba Sudak: sus hombres olían a **enebro y salmuera espesa**, no a lavanda como este. Dijo ser hijo de carpintero, pero sus hombros llevaban el peso como un infante entrenado para la armadura.

Y luego estaba **el ritual nocturno**: cada noche, cuando la luna (¿la de siempre? ¿La otra?) bañaba los muelles, Leo trepaba a la **torre del vigía abandonada**, diciendo que "contemplaba el mar". Hasta esa noche, cuando **Katakalon**, la sombra silenciosa, lo siguió con pasos de lobo sobre la piedra húmeda.

La captura fue rápida, brutal en su silencio. En sus manos, aún tibias del esfuerzo de escalar, encontraron:

- Un **espejo de señales** de bronce pulido como un sol en miniatura.
- Una **lámpara de cobre** con cuero curtido para enfocar su luz en un haz traicionero.
- Una **carta**, doblada con precisión geométrica, **escrita en latín vulgar** —esa lengua híbrida de mercaderes y mercenarios— sellada con **cera roja sangre** marcada por el grifo de Génova.

El contenido, traducido por el escriba Nicolás con voz temblorosa, detallaba: *"Refuerzos llegan de las montañas... Herreros trabajan día y noche con metal no terrestre... Color de noche... Caído del cielo... Fortalecen puertas y arman lanzas que perforan acero..."*

Ante ti, en la sala de guardia iluminada por antorchas que arrojaban sombras danzantes, el joven esbirro no se doblegó. Entre **lágrimas de rabia** (no de arrepentimiento) y una **arrogancia tallada en años de servicio a la Serenísima**, escupió las palabras:

—*Vendrán. Cuando las galeras de Génova oscurezcan el horizonte, tu castillo será polvo y tus sueños lunares, un chiste para los marineros. Génova no olvida, "mi señor de las nubes".*

Tú, Alexis, no alzaste la voz. Tu mirada, fría como el polvo lunar almacenado en las criptas, se clavó en él como un puñal. La respuesta fue un susurro de hielo:

—*Y yo no perdono. Lleváoslo.*

—*¿Al calabozo, mi príncipe?* —preguntó Ilyas, ajustando el agarre de su lanza.

—*No.* —Una pausa cargada del peso de lo que vendría—. *Úsenlo para probar las **esferas**.*

🔥 II. *El Nacimiento de las Lenguas de Fuego*

Mientras el eco de la condena resonaba en los pasadizos de piedra, en los **patios interiores del Arsenal del León**, el infierno había encontrado un nuevo hogar. La gran fragua, alimentada día y noche con carbón de encina y una urgencia febril, **rugía como un dragón despertando**. Ya no solo nacían espadas y lanzas del crisol de Malakes. Ahora, entre chispas que saltaban como estrellas moribundas, surgían **objetos redondos, compactos, del tamaño del puño de un guerrero**.

Esferas de barro cocido, gruesas como huevos de dragón, horadadas con un **pequeño canal interior** que alojaba una mecha de **yesca empapada en grasa de cordero** —olor a sebo rancio y muerte—. Dentro, **polvo negro** refinado por los monjes alquimistas del monasterio de San Jorge, mezclado con azufre de las fumarolas de Crimea y carbón de hueso. *Tu diseño*, trazado en pergamino la madrugada del 12, después de ver bajar el primer cilindro. *Las manos de Malakes*, dándoles forma en moldes de piedra, sellándolas con arcilla húmeda. *El alma de los monjes*, temerosos pero obedientes, purificando la mezcla letal en morteros de basalto.

Ahora tenían nombre: **"Lenguas de Fuego"**.

—*Porque hablarán el idioma de Dios cuando estallen* —habías dicho a Malakes, viendo la primera prueba en un pozo seco: un **estruendo sordo** que sacudió la tierra, seguido de una **llamarada voraz** que devoró el aire y dejó un cráter humeante donde antes había una roca. Fuerza suficiente para **desbaratar una falange, destrozarse una puerta de roble, convertir carne en jirones**. Una herejía contra el orden antiguo de la espada y el escudo.

Se almacenaron en **baúles de roble forrados con lana de oveja empapada en vinagre y agua salada** —una barrera contra chispas y humedad—. Cada baúl, sellado con cera negra, fue escondido en **nichos secretos** excavados en el corazón de las murallas de **Mangup, Kalamita y Aluston**. Lugares frescos, oscuros, donde solo el capitán de la guardia de cada fortaleza conocía el acceso.

Y tú, insistiendo en el mensaje, en el terror psicológico que precedería al fuego, ordenaste:

—*Que cada esfera lleve grabado, con esmalte blanco, el **León Negro de Theodoro**. Quiero que ese símbolo sea lo último que vean los genoveses antes de que el infierno los reclame.*

⚔️ III. *Llegan Los Primeros de Mangup*

15 de noviembre, hora Sexta. Camino de Mangup.

Los caminos eran **cicatrices de barro helado y piedra afilada** que serpenteaban entre las montañas de Crimea. Por ellos, como hormigas obedeciendo a un instinto ancestral, llegaron **los primeros**. Hombres, mujeres ancianas llevando sacos de harina, niños arrastrando carretillas con piedras para las catapultas. Todos con **los ojos encendidos** por algo más que el frío: la leyenda del príncipe que ordenaba a la luna.

* **Desde Eski-Kermen**, hundida en sus acantilados, llegaron **cien lanceros montañeses**.
Hombres de torsos anchos como robles, piel curtida por el viento de las cumbres, **cicatrices tribales cruzando sus brazos**. Portaban lanzas de fresno y hachas de piedra, pero sus miradas, fijas en las nuevas armas negras de la Guardia del León, brillaban con una esperanza feroz.

* **Desde Chufut-Kale**, la ciudad de los tártaros de montaña, vinieron **setenta arqueros**.
Algunos a caballo, montando pequeños potros ágiles como demonios; otros a pie, **pies descalzos a pesar de la escarcha**, endurecidos por el rocío de mil amaneceres. Su juramento, traducido por un anciano, resonó en el patio: "Cabalgamos para el que hace llover hierro del cielo. Nuestras flechas serán su venganza."

* **De Kalos Limen y otras aldeas costeras**, **ciento cincuenta campesinos**. Hombres con manos deformadas por el arado, mujeres con rostros severos escondidos bajo pañuelos, algunos empuñando **guadañas atadas a palos como lanzas improvisadas**. Cruzaban el puente levadizo como si marcharan al Juicio Final, **cruces de madera colgando de sus cuellos**, murmurando salmos.

Al caer la noche del 16, Mangup hervía. **Seiscientos almas** llenaban sus patios, sus establos, sus galerías rupestres. Más llegaban con cada hora, atraídos por el rumor del acero celestial y la amenaza genovesa.

Mihailos Katakalon, con su armadura reparada con remaches de acero negro y su nueva lanza que pesaba menos que una rama, se inclinó ante ti. El estrés tensaba su voz:
—*Señor... Si este río humano no cesa, para el 20 seremos mil bocas que alimentar, mil cuerpos que armar. Pero sin un plan... sin una muralla de estrategia... caeremos como trigo ante la hoz genovesa. ¿Cuánto tiempo nos queda?*

Tu respuesta fue instantánea, calculada como el corte de una de las nuevas espadas:
—*Las galeras de la **"armata" genovesa** cortarán el horizonte **en 3 a 5 días**. Quizás menos si los vientos del oeste se alían con ellos. Debemos vivir cada hora como si la batalla empezara al amanecer.*

Esa noche, en el **consejo de guerra** celebrado en la sala del trono —solo tú, Katakalon, Malakes con las manos aún tiznadas de polvo negro, y el capitán de la Guardia del León—, diste la orden que heló la sangre incluso a los veteranos:

>*Mañana al alba, comienza el reparto de las Lenguas de Fuego. Que cada vigía de Kalamita, Aluston y Mangup tenga dos junto a su puesto. Que las manejen como si fueran la hostia consagrada... porque son la comunión que daremos a Génova. Y cuando la marea traiga sus velas...*

>*...quiero que el primer rostro que vean los genoveses no sea el de sus enemigos.*

>*Quiero que sea el del León Negro... iluminado por el fuego de sus propios barcos.*

IV. *El Archimandrita Habla*

Noche del 16 de noviembre. Cámara Alta del Torreón.

El **Archimandrita Eustratios** llegó cuando la última antorcha comenzaba a languidecer. Su figura, envuelta en hábitos negros que parecían fundirse con las sombras, se recortaba contra la ventana que mostraba la luna fría. No rezó. No bendijo. Te miró largo tiempo, sus ojos profundos escarbando en tu alma como un cirujano en una herida.

Cuando hablé, fue con la voz áspera de quien confiesa un pecado propio:

—*He tenido visiones, hijo mío. En ellas, la **Cruz** que se alza desde las almenas de Mangup... no es la Santa Cruz de Jerusalén. Es **otra**. Más antigua. Más oscura. Tallada en un metal que no brilla... que absorbe la luz.* —Hizo una pausa, el peso de la revelación curvando sus hombros—. *¿Estás seguro de que este poder... el poder de arrancarle sus entrañas a la luna... no vendrá con un precio que ni tu reino pueda pagar? ¿No será este hierro... la semilla de nuestra perdición?*

Tú, de pie frente al fuego moribundo de la chimenea, no vacilaste. Tu voz no tembló; resonó con la frialdad del acero lunar:

—*Lo único que tiene un precio innegociable, Padre, es **no hacer nada**. El precio de la cobardía es la esclavitud. El de la indecisión, la tumba. Génova no traerá cruces... traerá cadenas. Y yo... traigo fuego.*

El Archimandrita cerró los ojos. Un suspiro, largo y tembloroso, escapó de sus labios. Al abrirlos, había una determinación nueva, forjada en el yunque de la desesperación:

—*Entonces... que los **salmos** se mezclen con el **rugido del hierro** y el **estruendo del fuego**. No rezaré por una paz que sería nuestra rendición. Rezaré... por **justicia**. Y que Dios perdone nuestras almas si nos equivocamos.*

🕒 *Cierre del Capítulo*

* **14 de noviembre**: El espía genovés, atado a un poste en el campo de tiro secreto, desaparece en una **explosión controlada** de la primera Lengua de Fuego. Solo encuentran **tres dedos y un trozo de tela con el grifo bordado**. Su cráneo se evapora.

* **15 de noviembre**: **600 hombres** duermen hacinados en los establos y salones de Mangup. En la fragua subterránea, el ritmo es de **30 lanzas de acero negro por día**. El sonido del martillo es el latido del castillo.

* **16 de noviembre**: Los primeros baúles sellados llegan a **Kalamita**. Dos Lenguas de Fuego se colocan junto a cada vigía. Sus manos sudan al tocarlas.

* **La Santa Lumera**, caracol de madera y lino sobre el mar, navega hacia Kaffa. **Su sombra tocará el muelle el 18 de noviembre**.*

Y tú, **Alexis de Gothia I**, no duermes.

En la torre más alta, con el viento del Mar Negro helando tus mejillas, afilas la hoja de tu nueva espada negra —no porque lo necesite, sino porque el gesto calma tu mente—.

Observas el horizonte —no con miedo, con la paciencia de un depredador—.

Preparas el trueno —no en las nubes, en los corazones de los hombres que miran al mar esperando el fin—.

La guerra aún no estalla.

Pero el aire **sabe a salitre, a miedo frío, a polvo negro... y a esa otra cosa. A hierro estelar. A luna forjada en ira**.*

📖 CAPÍTULO IX: *"Bellum ad Mundi"* *(La Guerra al Mundo)*

> *"No hay marcha atrás una vez que el martillo cae. Y Génova... ya ha alzado el brazo."*

> **—Crónica anónima, *I Giornali del Sangue Nero*, siglo XV**

🚢 I. *La Respuesta del Consejo de los Ancianos*

17 de noviembre de 1444, crepúsculo. Puerto de Kaffa.

La **"Santa Lumera"*** emergió de la niebla como un cadáver flotante. Sus velas, desgarradas por tormentas no cartografiadas, colgaban como pieles muertas. El casco gemía con cada beso del oleaje contra el muelle, exhalando **olor a salmuera podrida y miedo humano** —el hedor de los remeros encadenados, cuyos torsos desnudos brillaban de sudor y sal bajo la luna nueva.

Ottavio D'Oria descendió. No como emisario, sino como verdugo que trae su propia sentencia. Su capa bermellón había palidecido a un rojo de herida vieja. Sobre el pecho, los **tres cilindros de cobre** del Consiglio brillaban con frialdad de ataúd. El **sigillo del grifo** estrangulando al león parecía respirar en la penumbra.

En la torre del palacio de piedra negra —donde las sombras se bebían la luz de las antorchas—, el Capitano **Matteo Grimaldi** rompió los sellos. El escriba, un muchacho de mejillas aún sin barba, leyó con voz quebrada:

1. **Guerra formal... **

Grimaldi cerró los ojos. No veía ejércitos, veía *algo más*: un príncipe de mirada lunar levantando murallas con metal robado al firmamento.

2. **Reclutar un *tumèn tártaro*... **

Ottavio apretó los puños hasta sangrar. Mil jinetes significaban aldeas devoradas por el fuego, niños arrancados de brazos maternos para ser vendidos en Anatolia.

3. **"Squadra da Guerra"... **

Grimaldi rozó el mapa con dedos callosos. Doce galeras. Seis galeotas. Dos navi rotte. El peso del hierro genovés aplastando costas.

4. **Movilizar 1,200 infantes... **

Un suspiro del escriba empañó el aire. Mil doscientas vidas convertidas en fichas de un juego perverso.

Grimaldi se acercó a la ventana. Abajo, las olas lamían los pilotes como perros famélicos. Sus palabras cayeron como losas:

—*Il Leone ha ruggito. Ma noi portiamo il fuoco.*

En el vidrio empañado, su reflejo se fundía con la luna —esa luna que ya no era solo blanca.

⚙️ II. *El Movimiento de la Máquina de Guerra*

🗡️ **A. Reunión del Ejército Terrestre: 18 de noviembre, alba**

Sudak amaneció ahogada en **caos metálico**. Doscientos alabarderos —hombres con cicatrices de Nicópolis y ojos vacíos de Esmirna— formaban en la plaza. Sus armaduras, remendadas con

desesperación, crujían al unísono. El aire olía a **vinagre** para limpiar heridas futuras y a **grasa de cordero rancia** untada en cadenas oxidadas. Partieron hacia Kaffa por caminos convertidos en **barrizales traicioneros**, donde el fango negro succionaba botas hasta la rodilla. Un soldado joven vomitó entre los arbustos; su sargento le escupió: **¡Guarda el miedo para cuando te atraviesen el vientre!**

En **Cembalo**, la llovizna empapaba las capas de los **ciento cincuenta ballesteros** del Capitano **Ruggiero Visconti**. Sus **sprocchettare** —ballestas de repetición— relucían bajo el agua como dientes de tiburón. **¡Cuerdas tensas! ¡Viroteos contados!**, rugía Visconti. Un niño de doce años, asignado como porta-carcaj, lloraba al ser arrancado de los faldones de su padre. Le entregaron una daga mellada. **"Para que no mueras desarmado"**, le susurró un veterano sin mirada.

Soldaia era un infierno de blasfemias lombardas. **Ciento veinte mercenarios** abordaban un carguero reconvertido, sus **spadoni** envueltos en arpillera para evitar el salitre que carcome el acero. El olor a **brea hirviendo** sellando las cubiertas se mezclaba con **vino agrio** y cantos de burdel. Un hombre con cicatriz en la garganta entonaba: **"Morire per ducati d'oro..."**

Tana y Matrega, en la boca fangosa del Don, reunían a **trescientos piqueros y honderos**. Los piqueros cargaban astas de fresno que temblaban como juncos al viento; los honderos probaban sus tiras con piedras del río. Un capataz anotaba nombres en un pergamino manchado de grasa. **¡Desertas? ¡Te corto las orejas y te las hago tragar!**

> El barro de Crimea es un enemigo silencioso. Se pega a las botas, a las ruedas de los carromatos, a las almas. **Cinco a siete días** para reunirse en **Feodosia**. Cinco a siete días de barro, miedo y maldiciones.

 **B. Activación de la "Squadra da Guerra del Mar Nero": Noche del 18**

Azov olía a **alquitrán caliente y sudor de miedo**. Las **dos galeotas rápidas** —**Vento di Ponente** y **Lama d'Acciaio**— deslizaron sus cascos al agua como serpientes. Velas latinas desplegadas, remos batientes como patas de insecto acuático. Su misión: **rastrear la costa teodora**, deslizarse entre bahías como ladrones de sombra.

En **Kaffa**, las **cuatro galeras armadas** partieron cargando:

- Barriles de **garbanzos salados** que olían a pies podridos.
- **Galleta de navegación** tan dura que los hombres la remojaban en agua de mar para no romper dientes.
- **Ballesteros** envueltos en lana húmeda, escupiendo maldiciones contra la bruma que quemaba gargantas.

El grueso —**seis galeras de combate**— se preparaba en diques sombríos. Carpinteros martillaban estopa en juntas con ritmo fúnebre; herreros forjaban grilletas para nuevos remeros. **Antes del 20 de noviembre** zarparían, sus bancadas de remos moviéndose como mandíbulas de pez abisal.

Los **navi rotte** —**Roccia** y **Ferro**— esperaban como bestias encadenadas. Cascos blindados con hierro, velas cuadradas pesadas como mortajas. Zarparían el **22 de noviembre**, cuando el viento del nordeste soplara como aliento de dragón.

> El plan naval era un collar de ahogo:

> - **Bloquear Mangup:** **"Matar de hambre al león en su guarida"**.

- > - **Tomar Balaklava:** **"Robar su fuente, envenenar su agua"**.
- > - **Aislar Kalamita:** **"Que sus vigías beban su propia orina"**.

🍷 **C. El Tumèn Tártaro: 19 de noviembre**

Tres cofres llegaron a **Bahçesaray**, ante **Kan Sahib Giray**:

1. **Oro:** Ducados con San Giorgio, el santo que mató dragones... mientras Génova creaba nuevos.
2. **Pólvora:** Bolsas de cuero que olían a azufre y azar.
3. **Acero:** Espadas milanesas —verdaderas obras de pecado— afiladas para degollar cristianos.

El emisario **Alberico Neri**, cicatriz en labio como sonrisa fallida, habló en tártaro fluido:

—**Mil jinetes. Botín libre en Theodoro. Plata fresca cada luna llena.**

Sahib Giray desenvainó una espada. La luz jugó en el filo mientras murmuraba:

—**La sangre es moneda que nunca se devalúa.**

Sus dedos enguantados dibujaron círculos en el mapa. **La llanura de Alma. Antes del 26.**

Mensajeros partieron al galope. **Cuatro días** para reunir al **tumèn**. Cuatro días para que Crimea oliera a estiércol de caballo y ambición.

🕯️ **III. Ecos en la Noche**

- **Kaffa:** Herreros martillaban hasta que las estrellas palidecían. El **tintineo de yunques** era un tañido fúnebre. Cada chispa que saltaba del carbón ardiente iluminaba rostros demacrados —hombres forjando sus propias cadenas.
- **Azov:** Marineros cargaban **arcabuces napolitanos** —tubos de hierro que escupirían muerte a cambio de pan duro— y **redes de abordaje** tejidas con cáñamo y desesperación.
- **Balaklava:** Espías genoveses reptaban entre barcas de pesca. Monedas de cobre cambiaban manos en tabernas donde **"Theodoro"** se susurraba como una maldición, como el nombre de un dios nuevo y hambriento.

🦁 **IV. Epílogo del Capítulo**

Torre del Halcón, Mangup. Medianoche.

Viento cortante silbaba entre las almenas, arrastrando **niebla helada** del Mar Negro. Tú, **Alexis de Gothia**, apoyado en piedra milenaria, sentías el **filo de tu espada negra** bajo los dedos. No era acero. Era oscuridad solidificada, fría como el vacío entre estrellas.

Abajo, en el vientre de la fortaleza:

- **Malakes** golpeaba el yunque. La **lanza número 31** brillaba como un fragmento de noche.
- **Katakalon** entrenaba montañeses. Escudos de mimbre crujían bajo golpes de armas que aún olían a tierra y sudor.
- **Vigías** en las murallas acariciaban las **Lenguas de Fuego**. El León Negro pintado en cada esfera parecía moverse a la luz de las antorchas.

Las **sondas** te habían mostrado el horror:

- Galeras deslizándose como cuchillos sobre agua envenenada.
- Estandartes de San Giorgio desplegados como garras de grifo.
- Jinetes tártaros ensillando caballos en llanuras bañadas por luna sangrienta.

****Tres a cinco días.****

El cerco se cerraba.

Pero en tus manos latía:

- ****Acero del vacío**** —metal que mordía la roca como pan fresco.
- ****Lanzas de maná**** —huesos de dioses caídos.
- ****Voluntad**** —el único tributo que la luna no podía dar... ni quitar.

La guerra al mundo rugía en el horizonte.

****El León aún no enseñaba los colmillos...****

****...pero la oscuridad ya sabía su nombre.****

📖 CAPÍTULO X: "El Trueno de los Días Venideros"

> "La historia se escribe con sangre, sí... pero el instrumento cambia. Algunos usan espadas. Otros, palabras. Alexis de Gothia usó los siglos."

> —Crónica de las Guerras del Mar Negro, siglo XVII

🌑 I. *La Estación Lunar: El Mandato del Príncipe*

384,400 kilómetros sobre Mangup. Vacío absoluto.

La TSM-Victoria Lunae flotaba en el silencio eterno, su estructura negra como un ataúd abierto contra el gris mortecino del Mare Imbrium. No había viento que llevara ecos de guerra, solo el frío cósmico que mordía el metal. Pero a las 03:12 hora de Mangup, algo cambió.

Los nanoforjadores orbitales emergieron de sus vainas como semillas de plata. No eran máquinas; eran enjambres de luz fría, entidades que tejían materia en el vacío. Bajo órdenes cifradas — pulsos de radio que atravesaron el abismo como susurros de dios —, comenzaron su dana.

1,200 rifles de cerrojo nacieron molécula a molécula:

- Los cañones de 10mm surgieron primero: tubos oscuros que absorbían la luz estelar, labrados con grabados de leones rampantes y cruces góticas —arte medieval esculpido por manos de fantasma.

- Las cubas de roble lunar artificial replicaban vetas de árboles terrenales, pero con la densidad del acero.

- Bronces ornamentales florecieron en culatas y guardamanos: dragones entrelazados, vírgenes bizantinas, todo sin un solo tornillo visible. Como reliquias forjadas en un sueño alquímico.

140,000 proyectiles se autoensamblaron en cajas de madera tratada:

- Camisas de plomo brillando como mercurio bajo luz inexistente.

- Núcleos ferrocerámicos más duros que el diamante, esperando su hora.

Eran criaturas del siglo XXII, vestidas con piel del XV. Armas que nunca deberían existir... en un mundo que aún creía en ballestas.

🌊 II. *La Dorsal del Atlántico: Donde Nace la Pólvora*

Profundidad: 3,500 metros. Dorsal Mesoatlántica.

Aquí, donde la corteza terrestre sangra lava y minerales, la "Tálassa Noēma" se posó sobre chimeneas hidrotermales. Parecía un coral metálico de tentáculos articulados, iluminado solo por el rojo enfermizo de los respiraderos volcánicos.

Su ritual era químico y sacrílego:

1. Brazos extractores bebían agua marina, separando sodio y cloro con precisión de cirujano cósmico.

2. Cristalizadores iónicos destilaban azufre de fumarolas negras, purificándolo hasta obtener polvo amarillo limón.

3. Reactores de carbón puro carbonizaban algas abisales en hornos sin llama.

El milagro final ocurría en **cámaras selladas**:

- **Nitrato de potasio** cristalizando como nieve roja.
- **Azufre** mezclándose con **carbón** en un baile mortal.
- **Pólvora negra** compactándose en **cápsulas de arcilla** esmaltada, cada una sellada con el **León de Gothia**.

Cada **40 minutos**, un **microcoquete-ánfora** despegaba:

- Silueta de cerámica griega antigua.
 - Propulsión por **iones azules** invisibles al ojo humano.
 - Rumbo: la Luna.
- Un embarque constante de muerte... disfrazado de arqueología.**

🚀 III. **El Regreso del Trueno**

19 de noviembre, alba. Mangup.

El cielo amanecía teñido de rosa pálido cuando **seis cápsulas negras** perforaron las nubes. **Sin sonido. Sin fuego.** Descendieron como lágrimas de titán, flotando suavemente sobre el patio de armas donde meses antes cayera el hierro lunar.

Al abrirlas:

- * **Rifles** envueltos en **seda blanca** —tela tan fina que parecía tejida con luz de luna—.
- * **Cajas de proyectiles** numeradas con números griegos (Α, Β, Γ...), la madera oliendo a bosques inexistentes.
- * **Sacos de pólvora** con **cera azul** brillando como lapislázuli.

Y la placa de bronce:

- > **«Μὴ φοβοῦ· θάρρει. Τὸ μέλλον εἶναι ἐδῶ.»**
- > **(No temas. Ten valor. El futuro ya está aquí.)**

Nicolás el escriba tocó una letra griega en el metal. Estaba **fría como tumba recién abierta.**

🏰 IV. **El Reparto del Poder**

Sala del Trono, Mangup. Luz de antorchas temblorosas.

Katakalon desmontó un rifle ante la mirada petrificada del consejo. Sus manos, habituadas a espadas, temblaban al manipular el **mecanismo de cerrojo**:

- **"El gatillo... es suave como el lomo de un gato"**, murmuró, probando su resistencia.
- **"El cañón... pesa menos que el alma de un mentiroso"**.

Al ensamblarlo, su dedo rozó el grabado de un león. Un escalofrío lo recorrió:

—**Esto no es arte. Es profanación santa... bendita sea.**

—**¿Cómo se apunta con este demonio? ¿Y por qué no escupe fuego al disparar?**

Tú, Alexis, tomaste el arma. Giraste el cerrojo con elegancia de relojero: *clic-clic*. Un sonido
nítido, mortal, ajeno a su tiempo.
—*El trueno ya no pertenece al cielo* —dijiste, acariciando el cañón—. *Ahora... sirve a Theodoro.*

****Selección de los 600 tiradores:****

* **Lanceros veteranos** acariciaron culatas con manos callosas. *"Más ligero que mi hijo recién nacido"*, musitó uno.

* **Arqueros tártaros** olfatearon la pólvora: *"Huele a tormenta enlatada"*.

* **Monjes guerreros** de San Jorge besaron las cajas de munición como si contuvieran reliquias.
"Pólvora bendita", rezaban.

🗝️ V. *Preparativos Finales*

****Anochecer del 19 de noviembre.**** Mangup se convirtió en una ****colmena de sombras.****

* **Kalamita:** **Arcas de roble reforzado con bandas de acero negro** descendieron a cuevas selladas bajo el faro. Dentro: munición envuelta en lana de oveja empapada en salmuera —contra humedad y chispas—.

* **Aluston:** Monjes-soldados escondieron rifles tras ****frescos de santos****, en nichos que solo se abrían con llaves de hueso de lobo.

* **Chufut-Kale:** Tártaros enterraron cajas en ****tumbas karaítas vacías****, jurando sobre el Corán guardar silencio.

****Entrenamiento en los Jardines Interiores:****

- ****Veteranos**** enseñaban a apretar gatillos ****como si acariciaras a tu amante****.
- Disparos estruendosos perforaban dianas de paja a 200 pasos.
- El ****olor a ozono**** se mezclaba con el del romero pisado.

****Katakalon**** observaba, cruzado de brazos:

—*Con esto... un niño mataría a un caballero acorazado.*

Tú no respondiste. ****El secreto pesaba más que las montañas.****

⌚ *Epílogo del Capítulo*

****El 19 de noviembre cae sobre Crimea.****

En Kaffa, ****Grimaldi**** bebe vino especiado, soñando con galeras invencibles.

En Bahçesaray, ****Sahib Giray**** cuenta ducados genoveses, ignorando la oscuridad que se teje en Mangup.

Y en las ****criptas de piedra bajo el castillo gótico****, yacen ****1,200 rifles**** que jamás debieron existir. Cada uno es un ****salto de siglos****, un ****pecado contra el tiempo.****

****Tú lo sabes.****

Los vigías en las murallas no.

Los monjes que rezan en la capilla no.

Los niños que juegan a soldados en las calles... menos aún.

****El futuro ha llegado.****

Y solo espera... ****un dedo que apriete un gatillo.****

📖 CAPÍTULO XI: *"Kaffa: Lista y en Marcha"*

> *"Cuando las galeras rompan la bruma, no verán tierra. Verán un muro de lanzas y trueno, y pensarán que el infierno ha salido del barro."*

> **—Fragmento de una carta no firmada, interceptada cerca de Feodosia**

🚢 I. *La Máquina de Guerra Genovesa Despierta*

20 de noviembre de 1444. Puerto de Kaffa.

El amanecer no trajo luz, trajo **metal**. El aire, antes cargado de sal y pescado seco, ahora olía a **brea hirviendo**, **sudor de remeros** y **miedo fermentado**. Los muelles, otrora alfombrados de alfombras persas y sacos de especias, se habían convertido en un **garganta de hierro**.

Galeras de guerra se apiñaban como hienas hambrientas, sus cascos negros rozándose con crujidos de madera estresada. Sobre ellas:

- **Grúas de carga** giraban como arañas mecánicas, depositando **balas de piedra** para lanzapiedras en cubiertas ya abarrotadas.
- **Capitanes** gritaban órdenes en dialecto ligur, sus voces rasgando el estruendo de martillos que fijaban planchas de blindaje.
- **Sacerdotes-soldados** recorrían las pasarelas, asperjando agua bendita sobre barriles de pólvora mientras murmuraban: **"San Giorgio, danos su furia..."**

En la **plaza del bastión**, el **Capitano Matteo Grimaldi** cabalgaba con la rigidez de un cadalso ambulante. A su lado, el emisario del Consiglio sostenía el pergamino de guerra como un estandarte maldito. El plan era un cuchillo afilado contra el cuello de Theodoro:

1. **Seis galeras de Azov** zarparían al anochecer del **21**, deslizándose como sombras hacia **Balaklava**. Su llegada: **amanecer del 23**.
 2. **Galeotas rápidas** reptarían junto a la costa, sus vigías escudriñando playas desiertas con catalejos de latón.
 3. Los **navi rotte** —**Roccia** y **Ferro**— cargados con **400 infantes** acorazados, avanzarían como tortugas blindadas hacia Kalamita. **Fecha de impacto: 24 de noviembre.**
 4. **Ochocientos soldados** marcharían por caminos secundarios desde Sudak y Cembalo.
- Llegarán para el 25-26 de noviembre.**

Grimaldi detuvo su caballo frente al dique seco. Allí, la galera **Furia del Ponente** recibía su última plancha de hierro. Un herrero, ciego por el sudor y las chispas, martillaba remaches con rabia ciega. —¿Ven ese hierro?— susurró Grimaldi al emisario—. **Será el ataúd de Alexis... o el nuestro.**

🐎 II. *El Tumèn Tártaro: La Tempestad de la Estepa*

Mediodía. Estepas al norte de Mangup.

El cielo, desnudo de nubes, era una bóveda de azul implacable cuando el aviso llegó: **"El Kan ha aceptado"**. Como si esas palabras fueran un látigo invisible, la tierra comenzó a temblar.

Mil jinetes emergieron del horizonte:

- **Caballos** del tamaño de lobos, con crines trenzadas con cintas rojas —color de venas abiertas—.

- **Jinetes** encorvados sobre monturas, rostros cubiertos por máscaras de cuero con hendiduras en forma de garras. Portaban **arcos compuestos** de cuerno y tendón, y **sables curvos** que brillaban como uñas de demonio.
- **Bandera de mando:** Un estandarte de piel de lobo donde se veía un **águila desgarrando un cordero**, bordado con hilos de plata robada a caravanas musulmanas.

Temur Ibn Arslan, el **noyan**, cabalgaba al frente. Viejo como las piedras del desierto, su espalda era un arco tenso, sus ojos dos pedernales. No llevaba armadura; solo un **abrigo de fieltro negro** manchado con sangre seca. Su orden, dada en **tártaro gutural**, resonó en la llanura:
 >"No tomamos piedras (castillos). Tomamos carne (hombres). Que los caminos de Theodoro ardan... y sus mensajeros mueran gimiendo."

Divididos en **diez escuadrones de cien fantasmas cada uno**, se desplegaron en formación de cuernos de búfalo. **Llegarían a las colinas del sur entre el 24 y 25 de noviembre.** Su avance no levantaba polvo; parecían **sombras con peso**, borrones en el paisaje. Un pastor que los vio pasar juró después que **"la hierba no se dobló bajo sus cascos"**.

🏰 III. **Balaklava: El Muro del Trueno**

19-20 de noviembre. Ensenada de Balaklava.

Tú, Alexis, convertiste la playa en una **boca dentada**. Mientras tus hombres trabajaban bajo la luna, el **olor a madera fresca cortada** y **metal aceitado** se mezclaba con el salitre.

A. Fortificaciones: La Carnicería Oculta

Estacas en V invertida: Troncos de roble afilados con hachas de acero lunar, clavados en la arena húmeda como **costillas de leviatán**. Cada hilera escalonada para canalizar invasores hacia pozos de muerte.

Abrojos "Estrella del Diablo": Forjados por Malakes en secreto. Hierro de vacío templado al rojo blanco, enfriado en sangre de cerdo. Arrojados entre las dunas, esperando pies descalzos o cascos de caballo.

Redes con ganchos: Sumergidas en la entrada del puerto, invisibles bajo aguas verdinegras. Trenzadas con cáñamo y **púas de acero-carbono** que desgarrarían quillas de pino como papel.

Trincheras traseras: Excavadas en la noche, revestidas con tablones robados a barcas pesqueras. Dentro: **agua salada mezclada con vinagre** para limpiar heridas de pica.

B. Despliegue Defensivo: Los Sacerdotes del Trueno

220 tiradores de élite:

- Apostados en tres líneas escalonadas tras dunas cubiertas de algas secas.
- Cada rifle descansaba sobre **sacos de arena** mezclada con conchas trituradas.
- **Munición:** Proyectiles con **punta de plomo recubierto de cera de abeja** (para perforar sin deformarse).
- **Orden sagrada:** "No disparéis hasta ver el blanco de sus ojos... o el brillo de sus corazas."

120 lanceros del Hierro Negro:

- Ocultos en trincheras, sus **lanzas de acero-carbono** apoyadas contra paredes de tierra.
- **Corazas** grabadas con el León de Gothia, tan finas como uñas, tan duras como diamante.

- **Función:** Ser el muro final. "Si llegan a vosotros... que cada estocada atraviese dos corazones."

En el centro del dispositivo, **una caja de roble sellada con cadenas**. Dentro: **50 protogranadas "Lengua de Fuego"**. Pintadas con esmalte blanco:

- **León Negro** enseñando colmillos.
- **Números** del 1 al 50 en griego antiguo.
- **Mechas** de seda roja trenzada, largas como serpientes dormidas.

🇫🇷 IV. *Las Palabras Antes de la Tormenta*

Anochecer del 20 de noviembre.

La última antorcha clavada en la arena pintaba sombras danzantes sobre los rostros de tus hombres. **220 tiradores, 120 lanceros, herreros, monjes-soldados.** Todos mirándote, con el **rugido del mar** como coro fúnel.

Caminaste lentamente frente a ellos. Tu capa negra ondeaba como un estandarte de tinieblas. Deteniéndote donde las olas lamían las estacas, hablaste:

- > "Mañana... o pasado... veréis velas en el horizonte. No serán barcos mercantes. Serán **ataúdes con remos**."
- > Los hombres que traen no vienen por oro. Vienen por **vuestra tierra, vuestros hijos, vuestros nombres borrados de la historia**."
- > No maldigáis su llegada. No tembléis ante sus estandartes."
- > Porque ellos cruzan el mar creyendo que somos **ovejas**."
- > ¡Pero nosotros...!"
- > ¡Somos los **lobos** que aprendieron a blandir **truenos**!"
- > Cuando sus pies toquen esta arena..."
- > ...mostradles qué significa **ira**."
- > ...recordadles qué siembra la **arrogancia**."
- > ¡Y haced que **Balaklava** sea el nombre que sus nietos susurren... con **terror**!"

Un silencio. Luego, un murmullo creció como marejada: "¡Por Theodoro! ¡Por el príncipe de la luna!" Un veterano lanzero alzó su arma; el acero negro reflejó la última luz del día como un relámpago mudo.

🕒 *Cierre del Capítulo*

El conteo final ha comenzado:

- En **Kaffa**, la última galera de guerra baja sus remos al agua.
- En la **estepa**, mil jinetes fantasmas cabalgan hacia el sur, sin dejar huellas.
- En **Balaklava**, un vigía acaricia el gatillo de su rifle mientras cuenta olas.

Los días ya no son tiempo. Son:

- **Cartuchos** contados en cajas selladas.

- ****Pasos de caballo**** sobre hierba helada.
- ****Nudos de vela**** midiendo la distancia hacia la muerte.

****23 de noviembre.****

Esa fecha flota sobre el mar como un buitre.

Cuando las velas genovesas rompan la bruma...

...no encontrarán un puerto.

Encontrarán ****un infierno forjado en acero estelar... y bendecido por tu voluntad.****

📖 CAPÍTULO XII: *"La Batalla de Balaklava"*

> *"Y cuando los tambores genoveses rugieron desde el mar, fue el silencio lo que respondió primero. Porque la muerte... ya los estaba esperando."*

> **—Crónica del monasterio de San Bartolomé de Aluston**

🚢 I. *23 de noviembre de 1444. Antes del alba.*

El viento soplaba desde Mangup, **cargado de escarcha y presagios**, cortando como navaja de carnicero sobre los riscos de Balaklava. En el promontorio más alto, un vigía —**Demetrio**, hijo de pescador, con ojos enrojecidos por tres noches sin dormir— apretó los puños contra el catalejo de latón. Su grito rasgó la oscuridad previa al amanecer:

—**¡Velas en el horizonte! ¡Doce... quince... Dios misericordioso, son galeras de guerra!**

Tú, **Alexis de Gothia**, ya estabas en pie. La **armadura negra** grabada con leones de oro pálido pesaba menos que el silencio que cargabas. Tu capa, forrada con seda del Caspio, ondeaba como una bandera de tinieblas. Al lado, **Mihailos Katakalon** desenvainó su espada de acero lunar. El filo emitió un *shiiiing* que heló el aire:

—*Han venido* —murmuró, sus nudillos blancos como hueso sobre la empuñadura—. *Y no saben que esta playa... es su osario.*

Abajo, entre las sombras, **220 fusileros** ajustaron mirillas. **120 lanceros** respiraron hondo. El mar olía a sal, a hierro... y a inevitabilidad.

⚔️ II. *El Desembarco Maldito*

El alba rompió en tonos de **sangre y azufre**. Las **15 galeras genovesas** formaron su media luna de muerte, velas hinchadas como vientres de dragón. Desde las cubiertas, se oían órdenes en ligur:

—*¡Ballesteros! ¡Arcabuceros! ¡Listos para la carnicería!*

Las **6 galeras de combate** abrieron el baile. **Flechas incendiarias** silbaron hacia la playa, clavándose en... **nada**. Solo arena, estacas fantasmas y abrojos ocultos. Las llamas lamiendo la soledad fueron un espectáculo patético.

Entonces, las **galeotas rápidas** soltaron sus botes. **120 soldados** remaron hacia la orilla, **cascos relucientes**, **pechera de acero milanés**. El primero en pisar arena fue un capitán con bigote engomado. Escupió hacia las dunas:

—*¡Ratones de montaña! ¡Salid a morir como hombres!*

Sus hombres rieron. Avanzaron cinco pasos.

Diez.

El silencio se hizo más profundo.

💥 III. *El Rugido de Acero*

A una señal invisible, **220 fusileros** apretaron gatillos.**

Fue, una descarga cerrada. El sonido, cual rugido de leones.

El efecto fue apocalíptico:

- El capitán bigotón **voló en pedazos**, su pechera estallando como cáscara de huevo.
- Un balletero **perdió la cabeza** literalmente; rodó por la arena como un melón sanguinolento.
- Tres soldados **cayeron al unísono**, agujereados por proyectiles que atravesaron cuerpos como papel.

¡Stregoneria! ¡Fuoco di Dio! —gritaron los supervivientes, retrocediendo hacia el agua.

Desde la galera insignia, el mando genovés rugió:

—*¡Avanti, codardi! ¡Por San Giorgio!*

Los **siguientes botes** tocaron arena. **Cien hombres más** saltaron, formando escudos.

Los rifles volvieron a hablar.

🗡 IV. *El Combate de Sangre y Lanza*

Cuando **150 infantes pesados** lograron formar una "tortuga" de escudos, los fusileros cesaron.

Katakalon alzó su lanza negra:

—*¡Leones! ¡A la carnicería!*

120 lanceros emergieron de trincheras como espectros. Sus **lanzas de acero-carbono** brillaron bajo el sol naciente. Avanzaron **en cuña**, silenciosos, implacables. El impacto resonó como un trueno:

- **Escudos genoveses** se partieron como leña seca.
- **Corazas** cedieron ante puntas que perforaban dos cuerpos a la vez.
- Un lancero gótico, **Nikos de las Cuevas**, empaló a tres hombres en una estocada, gritando: *

"¡Esta es para mi hermano quemado en Sudak!"*

Mientras, los fusileros cambiaban de blanco:

- **Disparos certeros** reventaron ojos de balleteros en las galeras.
 - **Protogranadas "Lengua de Fuego"** trazaron arcos perfectos. Una explotó entre un grupo de refuerzos: **carne, acero y fuego** llovieron sobre el mar.
- El agua de la bahía se tiñó de **rojo carmesí**.

🔥 V. *Una Galera Arde*

08:15 AM. El **navi rotte *Roccia*** se acercó imprudentemente, su capitán borracho de arrogancia. Desde tu puesto de mando, viste su cubierta abarrotada de **barriles de pólvora**. Tomaste una **protogranada especial** —pintada con un **sol negro**— del arcón de roble.

Katakalon intentó detenerte:

—*¡Mi señor, es demasiado lejos!*

Ignoraste la advertencia. Tu brazo, fortalecido por años de esgrima, se tensó. El lanzamiento fue un **arco de poesía mortal**:

La granada cruzó **200 pasos** en silencio.

Cayó **en la santabárbara.**

La explosión **partió el amanecer en dos**:

- Un **hongo de fuego** se alzó 100 pies, tragándose velas y mástiles.
- El **mástil mayor**, convertido en astilla llameante, empaló a un remero en la galera vecina.
- **Ondas de choque** hicieron retroceder las olas, dejando al descubierto crustáceos y cadáveres.
- **Gaviotas** cayeron carbonizadas del cielo como estrellas muertas.

El silencio que siguió fue **más aterrador que el estruendo**.

🚩 VI. *La Retirada Genovesa*

09:00 AM. En el puente de la *Furia del Ponente*, **Grimaldi** miró el infierno:

- **Dos galeras hundiéndose** como piedras (*Roccia* y *Lama d'Acciaio*).
- **Tres** más escupiendo humo negro, cubiertas de cuerpos colgando de bordas.
- **Hombres** saltando al mar para escapar de las llamas, solo para ahogarse bajo el peso de sus armaduras.

Su orden fue un susurro roto:

—*Ritirata... per l'amor di Dio.*

La retirada fue un **caos de vergüenza**:

- **Tambores** callados para siempre.
- **Remos** rompiéndose en la prisa.
- **400 muertos** dejados atrás, **80 prisioneros** arrastrados por lanceros góticos —algunos sin manos, otros cegados por la pólvora—.
- **Ningún genovés pisó más allá de la línea de marea alta.**

📖 VII. *Epílogo: “El León Está Despierto”*

Al anochecer, caminaste sobre la playa. **Arena pegajosa** de sangre seca crujió bajo tus botas. **Humo acre** de cuerpos quemados te envolvía. Detente ante un **estandarte de San Giorgio** clavado en la arena, su grifo dorado desgarrado por metralla.

Lo arrancaste. Lo hundiste en el suelo encharcado. Tu voz cortó la bruma:

—*Que envíen más. Que traigan flotas. Que recluten demonios. Han probado el futuro... y les ha sabido a cenizas.*

Alrededor, tus soldados rompieron en un **canto gutural**:

- >*“Νύχτα μαύρη, θάλασσα κόκκινη,*
- >*Το μέλλον... είναι δικό μας!”*
- >*(Noche negra, mar rojo,*
- >*¡El futuro... es nuestro!)*

Era más que un canto. Era un **juramento escrito en huesos de enemigos.**

****Theodoro ha ganado la primera mano.****

****Ahora el mundo sabe que el León... no solo ruge. *Devora*.****

CAPÍTULO XIII: "*Donde el León No Llega*"

"En la guerra, el trueno conquista las playas. Pero es el barro y la sangre quien decide qué queda en pie cuando todo se quema." —Testimonio del diácono Vartan de Chufut-Kale, 1445

I. *El Otro Frente: Los Caminos del Dolor*

El viento llevaba aún el aroma acre de la pólvora y la madera quemada cuando los últimos mástiles genoveses desaparecieron en el horizonte marino de Balaklava. Pero mientras las aguas del Mar Negro se tragaban los restos de la flota derrotada, en las entrañas montañosas de Crimea, una sombra diferente se extendía como tinta sobre pergamino.

El verdadero golpe ya estaba en marcha.

No venía del mar, sino de la tierra misma. Surgía de los caminos polvorientos que serpenteaban entre las colinas, de los senderos que los pastores conocían de memoria, de esos rincones donde el León de Theodoro no había puesto aún su garra protectora.

El 24 de noviembre, cuando las campanas de Mangup aún repicaban por la victoria naval, las tropas genovesas que habían evitado la costa se reunían en Feodosia como cuervos en un campo de batalla. Eran ochocientos infantes pesados, hombres curtidos por las guerras de Italia, reunidos desde Sudak, Cembalo y Tana. Sus armaduras relucían con el aceite de la guerra, sus espadas habían probado sangre en cien batallas.

Junto a ellos, mil jinetes tártaros divididos en escuadrones de cien flanqueaban la columna como lobos impacientes. Sus caballos relinchaban y golpeaban el suelo con los cascos, ansiosos por correr. Los arqueros ajustaban sus cuerdas, los lanceros afilaban sus puntas de hierro. El aire vibraba con esa tensión que precede a la tormenta.

El Capitano de campo, Ottavio Mazzarini, no era un hombre dado a los errores ajenos. Había estudiado la caída de Grimaldi, había diseccionado cada movimiento, cada decisión fatal. Su plan era distinto, más sutil, más cruel. No pretendía romper castillos como martillo contra yunque. Su guerra sería de sombras y fuego, de paciencia y terror.

"No romper castillos... sino aislarlos. Cortar sus raíces", había murmurado a sus lugartenientes mientras desplegaba los mapas sobre una mesa de campaña. Sus dedos trazaron líneas sobre el pergamino, marcando aldeas, caminos, pozos. "Quemar campos, destruir pozos, asesinar mensajeros."

Y así iniciaron su campaña contra los anillos exteriores del Principado, como una serpiente que estrangula lentamente a su presa.



II. *La Resistencia: Barro, Madera y Sangre*

Pero las aldeas de Theodoro no eran corderos esperando al lobo. Sabían que la guerra venía. La habían olido en el viento, la habían visto en los ojos de los refugiados, la habían sentido en el silencio antinatural de los pájaros.

Tú, príncipe Alexis, habías ordenado semanas antes que se evacuaran los civiles hacia Mangup y Chufut-Kale. Las carretas habían rodado día y noche, cargadas con niños, ancianos, y todo lo que podía salvarse. Los graneros se habían vaciado, el ganado había sido conducido a los pastos altos, los pozos habían sido marcados y protegidos.

Pero no todo se podía evacuar. Los pueblos clave habían sido fortificados con empalizadas y guarniciones. Hombres que habían dejado sus arados para tomar las lanzas, campesinos que habían cambiado sus hoces por espadas. No eran soldados profesionales, pero eran algo más valioso: eran hombres defendiendo su hogar.

Así se formaron los "anillos del León":

Korzula, con su empalizada doble de troncos afilados, defendida por setenta hombres que conocían cada piedra del terreno. Habían cavado fosos, preparado trampas, afilado estacas. Sus murallas de madera no eran las piedras de Mangup, pero estaban empapadas en determinación.

Yalta Menor, coronada por una torre de vigilancia que se alzaba como un dedo señalando al cielo. Cincuenta hombres con arcos y lanzas la defendían, sus ojos escrutando constantemente el horizonte. Desde allí se podían ver las señales de humo, los movimientos de tropas, los reflejos del sol en las armaduras enemigas.

Verkhneye Selo, la más al norte, la más vulnerable. Un pueblo de apenas ciento veinte casas que se aferraba a las colinas como un niño a su madre. Sabían que serían los primeros en recibir el golpe, y lo aceptaban con esa serenidad que solo viene de la fe y el deber.

Los thodorianos no tenían el número. Los ejércitos enemigos los superaban diez a uno. Pero tenían disciplina, fe... y algunos rifles. Cada puesto había recibido al menos quince de las armas forjadas en la Luna, esas obras maestras de metal y fuego que habían nacido de tus conocimientos del futuro. Y cada bala significaba un muerto.

Los defensores habían practicado durante semanas. Habían aprendido a limpiar los cañones, a medir la pólvora, a apuntar con precisión mortal. Sabían que no podían fallar. Cada disparo era una vida, cada vida era una victoria.



III. *El Ataque: Verkhneye Selo Arde*

El 25 de noviembre amaneció con un cielo del color de la ceniza. No había pájaros cantando, no había viento moviendo las hojas. Era como si el mundo mismo contuviera la respiración, esperando lo inevitable.

Los jinetes tártaros avistaron Verkhneye Selo cuando las primeras luces del alba pintaban las colinas de oro pálido. Era una aldea de apenas ciento veinte casas fortificadas, rodeada por una empalizada que había costado sangre y sudor construir. Los civiles ya habían huido, dejando atrás solo los recuerdos y las esperanzas.

Quedaban cuarenta y ocho soldados: campesinos endurecidos por el trabajo y la guerra, diez con rifles, treinta y ocho con lanzas y corazas viejas que habían pertenecido a sus padres y abuelos. No eran muchos, pero eran suficientes para morir con honor.

Temur ibn Arslan, jefe del tumèn, observó la aldea desde una colina cercana. Era un hombre de rostro curtido por el sol de las estepas, con cicatrices que contaban historias de cien batallas. Sus ojos, negros como la noche, no mostraban compasión ni duda. Solo la fría determinación del depredador.

No mandó una embajada. No hubo parlamentos ni ofertas de rendición. Solo habló con su alférez y dijo:

"Qorqmayın. Ateşi getirin." (No teman. Traigan el fuego.)

A las seis de la mañana, los primeros arqueros tártaros rodearon el perímetro como una serpiente cerrando sus anillos. Sus arcos se tensaron al unísono, sus flechas se alzaron al cielo como una nube negra. El silbido de las puntas cortando el aire era como el lamento de los muertos.

Pero los thodorianos estaban preparados. Los rifles hablaron primero, sus voces de trueno desgarrando el silencio matutino. Las balas encontraron carne y hueso, enviando jinetes al suelo en nubes de sangre y polvo. Los arqueros tártaros vacilaron, sorprendidos por el poder de esas armas desconocidas.

La batalla rugió durante horas. Los tártaros atacaban en oleadas, como el mar contra las rocas. Los defensores resistían, disparando, recargando, disparando otra vez. Las empalizadas se llenaron de flechas, los muros de madera se tiñeron de rojo.

Los rifles cobraron setenta y dos vidas entre arqueros y jinetes. Cada disparo era preciso, cada bala encontraba su objetivo. Los tártaros aprendieron a temer el trueno de esas armas, a esquivar sus llamas mortales. Pero eran oleadas, y las oleadas siempre terminan por romper las rocas.

El calor del ataque rompió la madera. Los incendiarios prendieron las empalizadas con flechas ardientes. El humo se alzó al cielo como las oraciones de los moribundos. Las llamas lamieron las murallas, buscaron las grietas, encontraron la carne.

Los defensores lucharon hasta el final. Cuando se acabaron las balas, usaron las lanzas. Cuando se rompieron las lanzas, usaron las espadas. Cuando se mellaron las espadas, usaron las piedras. Cuando ya no quedaron piedras, usaron las manos.

A las trece horas, Verkhneye Selo cayó.

El silencio que siguió fue más terrible que la batalla. Los gritos habían cesado, las armas habían callado. Solo quedaba el crepitar de las llamas y el gemido del viento entre las ruinas.

Los sobrevivientes fueron degollados en las afueras. No hubo clemencia ni piedad. Los cadáveres fueron colgados como advertencia, sus cuerpos balanceándose en el viento como frutos macabros. Las casas fueron quemadas hasta los cimientos, reducidas a ceniza y memoria. Los pozos fueron envenenados con sal y sangre. Los caminos fueron cubiertos con sangre y ceniza, para que nadie olvidara lo que había pasado allí.

Verkhneye Selo había muerto, pero su muerte sería recordada.

IV. Las Repercusiones: El Norte Tiembla

La noticia llegó a ti, en Mangup, por un jinete agotado que cabalgó sin descanso a través de la noche. Era un hombre joven, con el rostro demacrado por el horror y la fatiga. Sus ropas estaban desgarradas, sus ojos hundidos, sus manos temblando mientras te entregaba un pétalo ennegrecido: único resto que había encontrado del escudo del capitán de la aldea.

Era una rosa de hierro, el símbolo de Verkhneye Selo, ahora convertida en ceniza y dolor. La tomaste en tus manos, sintiendo su peso como si fuera el corazón mismo de tus súbditos muertos.

A tu alrededor, silencio. Los cortesanos habían bajado la cabeza, los soldados habían apretado los puños. El aire vibraba con esa tensión que precede a la tormenta, esa electricidad que anuncia el rayo.

Katakalon apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Era un hombre de guerra, había visto la muerte en todas sus formas, pero esto era diferente. Esto era personal.

"Dieron su vida, sin cobardía", dijo con voz ronca, como si las palabras le quemaran la garganta. "Murieron... como thodorianos."

Y tú, con la mirada fija en el humo del norte que se alzaba como un dedo acusador contra el cielo, sentiste que algo se encendía en tu pecho. No era solo ira. Era algo más profundo, más peligroso. Era la furia del León despertando.

"Entonces que su sangre no sea tinta... sino fuego", dijiste, y tu voz resonó en el salón como el rugido de una bestia herida. "Por cada piedra que nos arrebatan, alzaremos una montaña. Por cada llama... una tormenta."

Las palabras se clavaron en el aire como dagas. Los presentes sintieron el poder que emanaba de ti, la determinación que convertía al hombre en leyenda. El León había sido herido, pero no vencido. Y un León herido es la bestia más peligrosa del mundo.

V. Situación Actual

Los genoveses y tártaros habían tomado Verkhneye Selo, pero el precio había sido alto. Setenta y dos muertos por cuarenta y ocho defensores. No era una victoria, era una advertencia. Korzula estaba

sitiada, pero resistía. Yalta Menor había repelido dos ataques, sus murallas manchadas de sangre enemiga.

Su estrategia era clara: aislar castillos, interrumpir suministros, desangrar el campo. Como una serpiente que estrangula lentamente a su presa, esperaban que la falta de recursos y la desesperación hicieran su trabajo.

Ochocientos tártaros activos cabalgaban por las colinas, sembrando terror y muerte. La infantería genovesa se había dispersado en al menos tres columnas, cada una atacando objetivos diferentes. Era una guerra de desgaste, diseñada para quebrar el espíritu antes que las murallas.

Pero Theodoro no estaba quebrada. Las aldeas habían sido evacuadas exitosamente, la población civil estaba segura en Mangup y Chufut-Kale. Los castillos aún resistían, sus murallas intactas, sus guarniciones intactas. Las fuerzas principales permanecían intactas, esperando el momento adecuado para golpear.

Y tú tenías una reserva de rifles y municiones aún sin desplegar. Armas que el enemigo no esperaba, que no podía comprender. El futuro contra el pasado, la ciencia contra la barbarie.



Epílogo: "La Guerra Tiene Ramas"

La guerra no es una lanza que se clava de una vez. Es un árbol de ramas afiladas, cada una extendiéndose hacia lugares diferentes, buscando la carne, buscando el corazón. Y cada rama se extiende a lugares donde el León aún no ha mirado.

Pero ahora... ya los habías visto.

Verkhneye Selo había caído, pero su caída había revelado la verdadera naturaleza del enemigo. No eran conquistadores, eran carroñeros. No buscaban la gloria, sino la destrucción. Y contra los carroñeros, el León tenía que ser no solo fuerte, sino implacable.

El pétalo ennegrecido seguía en tu mano, recordándote que cada vida perdida era una deuda que había que pagar. Con sangre, con fuego, con la furia de los justos. Los tártaros habían despertado algo que no podían comprender, algo que sus flechas no podían alcanzar.

Habían despertado al León. Y el León tenía hambre.

La guerra había mostrado sus ramas, había revelado sus garras. Pero tú también tenías garras. Y las tuyas estaban forjadas en el fuego del futuro, templadas en la sangre de los mártires, afiladas en la piedra de la venganza.

Era hora de que el mundo recordara por qué el León era el rey de las bestias.

Era hora de rugir.

CAPÍTULO XIV: "Y Descendieron con el Silencio de los Dioses"

"Muchos creyeron que los ángeles bajan con alas de luz. Pero en Theodoro, bajaron envueltos en negro, y traían fuego en lugar de esperanza." —Crónica de Agathon el Mudo, custodio del León de Theodoro

I. 26 de noviembre de 1444 – Medianoche

La medianoche había caído sobre el Principado como un manto negro bordado con diamantes helados. Las estrellas colgaban en el firmamento, frías y brillantes, testigos silenciosos del drama que se desarrollaba en las tierras de Theodoro. En los valles más allá de Mangup, entre las ruinas humeantes de Verkhneye Selo, los jinetes tártaros dormían con una arrogancia tan antigua como la estepa misma.

Sus fogatas se habían reducido a brasas mortecinas. Los centinelas cabecaban en sus puestos, adormecidos por la falsa seguridad de la victoria. Las tiendas se alzaban como jorobas oscuras contra el paisaje nocturno, y el viento llevaba el aroma de la carne asada y el kumiss fermentado. Era la tranquilidad del depredador satisfecho, la calma del conquistador que cree haber domado la tierra.

Pero el cielo... el cielo ya no estaba solo.

En lo alto, justo sobre el espinazo de las montañas que formaban la columna vertebral de Crimea, algo se movía entre las constelaciones. No era visible al ojo humano, pero estaba ahí, esperando, calculando, preparándose para descender.

Una grieta breve se abrió entre las estrellas. No fue un meteoro con su cola de fuego. No fue un cometa anunciando desgracias. Fue algo mucho más sutil, mucho más terrible.

Fue una entrada orbital sincronizada.

La abertura duró apenas un instante, como el parpadeo de un ojo gigantesco. El espacio mismo pareció ondular, como agua perturbada por una piedra invisible. Las estrellas vacilaron, sus luces temblaron, y por un momento infinitesimal, el cosmos mismo contuvo la respiración.

Nadie lo vio. Los tártaros dormían, los theodorianos lloraban a sus muertos, los genoveses planeaban nuevas conquistas. Pero cuando ocurrió, los perros en todo Theodoro aullaron al unísono, como si hubieran sentido la perturbación en el orden natural de las cosas.

Era el lamento de las bestias que presienten el terremoto, el grito de los animales que ven lo que los hombres no pueden ver. Un coro de voces caninas se alzó desde Mangup hasta Chufut-Kale, desde Sudak hasta Balaklava, como si la tierra misma estuviera anunciando que algo fundamental había cambiado.

En el monasterio de San Bartolomé, el hermano Nektarios se despertó sobresaltado. Las velas se habían apagado solas, y el aire olía a ozono y metal caliente. Se persignó tres veces y murmuró una oración, sin saber que estaba siendo testigo del momento en que el futuro se encontraba con el pasado.



II. *El Descenso del Juramento Silente*

Al amanecer, justo antes del cántico matutino en el monasterio de San Bartolomé, cuando el cielo se teñía de rosa y oro, cinco cápsulas de descenso atmosférico descendieron de los cielos como semillas de una tormenta sobrenatural.

Eran grandes como molinos, oscuras como el abismo, con superficies que parecían absorber la luz en lugar de reflejarla. Su material era desconocido en la Tierra del siglo XV, una aleación que combinaba la resistencia del acero con la ligereza de la madera, pero que poseía propiedades que desafiaban toda comprensión medieval.

Descendieron sin fuego ni estela, sin el rugido que debería acompañar a objetos de tal tamaño cayendo desde las alturas. Su descenso fue silencioso, controlado, como si las leyes de la gravedad se hubieran doblegado ante una voluntad superior. No hubo impacto violento, no hubo cráteres, no hubo temblor de tierra.

Las cápsulas se posaron suavemente en una hondonada al suroeste de Mangup, en un valle escondido que parecía haber sido elegido cuidadosamente. Era un lugar donde la piedra caliza formaba anfiteatros naturales, donde los árboles crecían en círculos perfectos, donde el agua brotaba de manantiales que nunca se secaban.

Durante largos minutos, nada se movió. Las cápsulas permanecieron cerradas, como huevos gigantescos esperando el momento adecuado para eclosionar. El aire se llenó de una tensión eléctrica que hacía que los cabellos se erizaran y que los metales vibraran con un zumbido apenas audible.

Entonces, una por una, las cápsulas se abrieron.

No hubo ruido mecánico, no hubo chirrido de bisagras o rechinar de metal. Se abrieron como flores nocturnas, con una elegancia que era a la vez hermosa y terrible. Vapor azulado escapó de sus interiores, disipándose rápidamente en el aire matutino.

De cada cápsula salieron veinticuatro formas humanoides. Altas, delgadas, con exoesqueletos negros sin ornamento visible. Su silueta era vagamente humana, pero había algo en sus proporciones que perturbaba la mente. Eran demasiado perfectas, demasiado simétricas, como si hubieran sido diseñadas por una inteligencia que comprendía la forma humana pero no su esencia.

Sus ojos eran líneas rojas apagadas que brillaban con una luz fría. No parpadeaban, no se movían, solo observaban con una intensidad que parecía penetrar hasta el alma. Sus espadas no eran de metal, sino largos haces de plasma sostenido en forma de filo, que cortaban el aire con un siseo apenas audible.

Sus ballestas eran tubos compactos que escupían dardos sónicos capaces de atravesar hierro como si fuera tela. Eran armas que no pertenecían a ninguna época conocida, instrumentos de destrucción que había sido adaptados para parecer menos alienígenas de lo que realmente eran.

Ciento veinte hombres. Soldados del Ejército de Defensa Estándar de Stellaris. Adaptados por ti. Modificados para parecer caballeros de un castigo divino. Su presencia era abrumadora, como si el aire mismo se espesara a su alrededor.

En sus corazas, grabado por ti mismo con herramientas que no existirían hasta dentro de siglos, un único símbolo brillaba con luz propia:

ΛΕΩΝ (*León*)

Se desplegaron en formación con una precisión que era sobrehumana. No hablaron, no se miraron entre sí, no dieron órdenes. Simplemente se movieron como una sola entidad, como si compartieran una mente colectiva que los guiaba con propósito implacable.

El valle se llenó de su presencia silenciosa. Los pájaros dejaron de cantar, los insectos dejaron de zumbir. Era como si la naturaleza misma reconociera que algo ajeno había llegado a la Tierra, algo que no seguía las reglas del mundo conocido.



III. *El Consejo Ve el Futuro*

Cuando tus consejeros llegaron a la hondonada al amanecer, el mundo había cambiado para siempre. Katakalon, el estratega curtido en mil batallas, se detuvo en seco al borde del valle. Iustinos, el diplomático que había hablado con emperadores y reyes, se quedó sin palabras. Basileía la alquimista, que había dedicado su vida a desentrañar los secretos de la materia, sintió que todo su conocimiento se desmoronaba como arena.

No se arrodillaron. No sabían qué hacer.

Los soldados del León estaban en formación perfecta, como estatuas de obsidiana que hubieran cobrado vida. Impasibles. En silencio. Sus ojos rojos barrían el horizonte con una vigilancia que nunca cesaba, como si estuvieran procesando información que los humanos no podían percibir.

Tú llegaste a pie. Sin escolta. Sin ceremonia. Caminaste por el sendero que descendía hacia el valle con la tranquilidad de quien había esperado este momento durante años. Tu rostro no mostraba sorpresa ni asombro. Solo una satisfacción profunda y terrible.

Te acercaste al primero de los soldados, el que llevaba marcas de rango en su armadura, y pusiste la mano sobre su coraza. El metal era frío como el hielo, pero vibraba con una energía que se sentía viva. Bajo tu palma, pudiste sentir el latido de algo que no era exactamente un corazón.

—*Kirios... estos no son hombres*, dijiste, y tu voz resonó en el valle como el eco de una profecía. *Son voluntad. Y ahora... son nuestros.*

Katakalon tragó saliva. Era un hombre que había visto la muerte en todas sus formas, que había sobrevivido al sitio de Constantinopla, que había luchado contra turcos y genoveses. Pero esto era diferente. Esto desafiaba todo lo que creía saber sobre el mundo.

—Señor, murmuró, *¿qué clase de aliados son estos?*

Iustinos cayó de rodillas. No por reverencia, sino porque sus piernas ya no podían sostenerlo. Las palabras se habían convertido en polvo en su boca, y su mente luchaba por comprender lo que sus ojos veían.

Basileía murmuró, más para sí misma que para ti:

—*No hay alquimia que iguale esto. ¿Qué has hecho, señor?*

Y tú, con la vista fija en la llanura donde se movían los tártaros inconscientes de lo que se aproximaba, sonreíste con una expresión que era a la vez triunfante y terrible.

—*Les he traído el pasado que vendrá, dijiste. Y será el verdugo de los que aún creen que el mundo les pertenece.*

Las palabras cayeron sobre el grupo como piedras en un estanque, enviando ondas de comprensión y terror. Katakalon entendió primero. Sus ojos se ensancharon cuando captó la magnitud de lo que estaba viendo. No eran solo soldados. Eran el futuro hecho arma, el mañana puesto al servicio del hoy.

Iustinos se levantó lentamente, y en sus ojos había una mezcla de horror y admiración. Había servido a muchos señores, pero nunca a uno que pudiera convocar guerreros de las estrellas.

Basileía extendió una mano temblorosa hacia uno de los soldados, pero se detuvo antes de tocarlo. Su instinto de alquimista le decía que aquello era real, pero su razón se rebelaba contra la evidencia.

—*¿Cómo es posible?*, susurró.

Pero tú ya habías comenzado a caminar hacia el centro de la formación, donde los comandantes silenciosos esperaban órdenes. El futuro había llegado a Theodoro, y era hora de usarlo.



IV. La Orden de Marcha

Con la precisión de un general que había librado esta batalla mil veces en su mente, dividiste el contingente. Tu voz resonó en el valle, y aunque los soldados del León no respondieron audiblemente, sus cabezas se giraron hacia ti con una sincronización perfecta.

Sesenta soldados León marcharían a reforzar Korsula, aún sitiada por las fuerzas genovesas. Era una fortaleza que había resistido durante días, sus muros de piedra manchados de sangre, sus defensores llegando al límite de sus fuerzas. Pero con la llegada de los soldados del León, la situación cambiaría drásticamente.

Treinta soldados irían con Katakalon a Yalta Menor, donde los hombres de Theodoro resistían cada día con una valentía que rayaba en la desesperación. Era un puesto avanzado crucial, una torre de vigilancia que controlaba los pasos de montaña. Su caída abriría el corazón del Principado al enemigo.

Los últimos treinta vendrían contigo, para una operación de represalia directa sobre los restos del campamento tártaro al norte de Verkhneye Selo. Era hora de que los asesinos de tu pueblo conocieran el precio de su arrogancia.

Cada unidad viajaría de noche. Silenciosos como la muerte misma. En columnas negras que se movían por los senderos de montaña como ríos de sombra. Su disciplina era absoluta, su coordinación sobrehumana. No dejaban huellas, no hacían ruido, no emitían luz.

Los campesinos que los vieron pasar desde sus ventanas se persignaron y murmuraron oraciones. Algunos dijeron que habían visto la Hueste Celestial descendiendo para el Juicio Final. Otros susurraron que eran los emisarios del juicio, enviados para castigar a los impíos.

"Han venido los emisarios del juicio", se repetía en cada aldea, en cada granja, en cada monasterio. La noticia se extendía como el fuego, pero nadie sabía realmente qué había visto. Solo sabían que algo había cambiado, que el equilibrio del mundo se había alterado.

En Kaffa, los comerciantes genoveses reportaron sueños extraños. Pesadillas donde sombras armadas caminaban por sus calles, donde la muerte llegaba silenciosa y sin aviso. Los sacerdotes oficiaron misas especiales, pidiendo protección contra las fuerzas del mal.

Pero ya era demasiado tarde. Los soldados del León habían comenzado su marcha, y nada en la tierra podía detenerlos.



V. La Venganza de la Hondonada

El 27 de noviembre, al caer la noche, llegaste con tus treinta Leones Silentes al borde del antiguo campamento tártaro. La luna nueva había sumergido el mundo en una oscuridad absoluta, pero para los soldados del León, la oscuridad era una aliada, no un obstáculo.

El campamento se extendía en una hondonada natural, protegido por colinas bajas que lo ocultaban de miradas indiscretas. Las tiendas se alzaban como hongos venenosos en la penumbra, y el humo de las fogatas se alzaba perezosamente hacia el cielo estrellado. Los tártaros habían elegido bien su posición, pensando que estaban seguros en su refugio temporal.

No ordenaste asedio. No enviaste heraldos. No hubo trompetas ni gritos de guerra. Solo señalaste con un gesto simple, casi casual, y el mundo cambió para siempre.

Los Leones descendieron como sombras hechas realidad, sin hablar, sin hacer ruido. Sus movimientos eran fluidos, hipnóticos, como si fueran parte de la noche misma. No había urgencia en sus acciones, no había ira ni odio. Solo una eficiencia terrible y absoluta.

El primero de ellos se acercó a una tienda donde dormían ocho guerreros. Su espada de fase se activó con un susurro apenas audible, creando un filo de energía pura que cortaba la realidad misma. Con un solo movimiento, cortó la tienda entera sin tocar la tela, dividiendo el espacio que ocupaba en dos mitades perfectas.

Los guardias tártaros murieron antes de saber que estaban siendo atacados. Sus cuerpos simplemente dejaron de existir en el plano donde la espada había pasado. No hubo sangre, no hubo gritos, no hubo dolor. Un momento estaban allí, al siguiente ya no.

Los caballos sintieron la muerte antes que los hombres. Relincharon y se encabritaron, rompiendo sus ataduras en su desesperación por huir. Pero incluso en su terror, se movían en silencio, como si el mismo aire se hubiera vuelto espeso y amortiguara todos los sonidos.

Los tártaros que lograron despertar encontraron que sus flechas no tenían objetivo. Los Leones se movían como fantasmas, apareciendo y desapareciendo entre las sombras. Cuando las flechas los alcanzaban, simplemente las atravesaban como si fueran hechos de humo.

Las balas rebotaban en sus armaduras sin dejar marca. Los sables se quebraban contra sus cuerpos como ramitas secas. Pero sus espadas... sus espadas cortaban todo lo que tocaban, dividiéndolo a nivel molecular.

En siete minutos, todo el campamento era humo y ceniza. No había llamas, no había explosiones. Simplemente, las cosas dejaban de existir. Las tiendas se desvanecían, las armas se desintegraban, los hombres se convertían en polvo que el viento se llevaba.

No sobrevivió ningún comandante tártaro. Los que habían planeado la masacre de Verkhneye Selo pagaron con una moneda que no podían comprender. Sus muertes fueron rápidas, pero su terror fue eterno.

Los jinetes que lograron escapar cabalgaron hacia Kaffa, pero no dijeron palabra. Sus ojos se habían vuelto blancos, sus bocas mudas. Estaban muertos en vida, destruidos por haber visto algo que sus mentes no podían procesar.

Cuando llegaron a los muros de la ciudad genovesa, los guardias los encontraron sentados en sus monturas, inmóviles como estatuas. Respiraban, pero no respondían. Sus corazones latían, pero sus almas se habían marchado.

Los médicos no pudieron explicar su condición. Los sacerdotes no pudieron bendecirlos. Habían visto el futuro, y el futuro los había quebrado.



VI. Epílogo: Cuando el Silencio Ruge

Esa noche, regresaste a Mangup con la primera cabeza tártara clavada en una lanza de obsidiana. No era un trofeo en el sentido tradicional. Era un mensaje, una declaración, una promesa de lo que vendría.

La cabeza pertenecía a Temur ibn Arslan, el hombre que había ordenado la masacre de Verkhneye Selo. Su rostro conservaba una expresión de terror absoluto, como si hubiera visto el fin del mundo en sus últimos momentos. Y quizás lo había hecho.

Tus soldados, los verdaderos hijos de Theodoro, te vieron volver con el eco del trueno a tus espaldas. Pero no era el trueno de las tormentas. Era el sonido del futuro chocando con el pasado, el rugido de la historia siendo reescrita.

No preguntaron qué había pasado. No pidieron explicaciones. Los veteranos reconocieron el silencio que sigue a las victorias definitivas, el tipo de calma que solo viene después de que se ha cruzado una línea de la cual no hay retorno.

No hablaron de los soldados de negro que habían visto marchar desde la hondonada. No comentaron sobre las armas que no conocían, sobre los ojos que no parpadeaban. Simplemente se armaron.

Porque ahora sabían que el León no estaba solo. Y que el juicio no vendría desde el cielo... ya estaba entre ellos.

En las murallas de Mangup, los centinelas reportaron luces extrañas moviéndose por las montañas. No eran antorchas ni hogueras. Eran los ojos rojos de los soldados del León, patrullando los límites del Principado con una vigilancia que nunca cesaría.

Los comerciantes que llegaban de Kaffa traían historias extrañas. Hablaban de jinetes que habían llegado mudos y ciegos, de comandantes que habían desaparecido sin dejar rastro, de campamentos que se habían desvanecido como si nunca hubieran existido.

Los genoveses enviaron emisarios a Constantinopla, pidiendo refuerzos. Pero sus cartas hablaban de demonios y milagros, de armas que no eran de este mundo, de un enemigo que había trascendido las limitaciones humanas.

El mundo había cambiado. La guerra había tomado un nuevo rumbo. Y en el corazón de todo, tú permanecías en tu trono, con la sonrisa de quien había movido las piezas del destino.

El León ya no dormía. El León había despertado con colmillos del futuro.



¿Hacia Dónde Camina el Destino?

El amanecer del 28 de noviembre se alzó sobre un mundo diferente. Los tártaros habían aprendido a temer las sombras. Los genoveses habían comenzado a cuestionar sus estrategias. Los theodorianos habían visto que su señor no era solo un hombre, sino algo más grande, más terrible, más maravilloso.

Pero la guerra no había terminado. Solo había cambiado de naturaleza. Ahora era una confrontación entre épocas, entre lo que era y lo que sería, entre el pasado que se aferraba desesperadamente y el futuro que llegaba con pasos implacables.

Los soldados del León continuaban su marcha silenciosa por las montañas de Crimea. Korsula había sido liberada en una hora, sus asediadores dispersados como hojas en el viento. Yalta Menor se había convertido en una fortaleza inexpugnable, defendida por guardianes que no conocían el cansancio.

Y tú, príncipe Alexis, permanecías en tu trono, contemplando el tablero de ajedrez que era el mundo, moviendo piezas que tus enemigos no podían ver, jugando un juego cuyas reglas solo tú conocías.

El León había rugido. Y el eco de ese rugido resonaría por los siglos venideros.

Capítulo XV: "Cuando el Viento Cambia de Costas"

"Y no fue el trueno lo que quebró el orgullo de Kaffa. Fue el silencio. El silencio de los que no regresaron." —Carta de un escribano anónimo al patriarca de Génova, invierno de 1444

I. El Mensajero del Desastre

La lluvia golpeaba los cristales emplomados de la **Loggia dei Mercanti** con la insistencia de un presagio. En el segundo nivel del bastión que coronaba la ciudad amurallada de **Kaffa**, el **Capitano Generale Ottavio Mazzarini** sostenía su yelmo bajo el brazo izquierdo mientras el derecho descansaba sobre la empuñadura de su espada. Su rostro, curtido por treinta años de campañas desde las costas de Liguria hasta las estepas del Mar Negro, se había transformado en un mapa de surcos profundos donde la preocupación había excavado nuevos territorios.

El eco de cascos resonó en el patio inferior, seguido por el estrépito de puertas abriéndose con urgencia. Un correo subía los escalones de piedra con pasos vacilantes, dejando un rastro de sangre que se mezclaba con el agua de lluvia. Su tabardo llevaba los colores genoveses, pero estaba desgarrado en tantos lugares que apenas se distinguían las barras rojas y blancas de la república.

—*Signore Capitano*, murmuró el mensajero al irrumpir en el salón, con voz ronca que parecía arrastrarse desde el fondo de una tumba. Sus ojos, hundidos en cuencas violáceas, brillaban con la fiebre de quien ha visto demasiado. *Traigo noticias de Balaklava.*

Mazzarini intercambió una mirada con el **gobernador Marzio della Torre**, quien permanecía de pie junto a la ventana, observando las aguas grises del puerto como si pudiera arrancarles las respuestas que necesitaba. El viento hacía ondear su capa de armiño, y por un momento, el silencio se espesó hasta volverse casi tangible.

—*Habla*, ordenó Mazzarini, aunque su voz sonó más como una súplica que como una orden.

El mensajero se tambaleó, y tuvo que apoyarse en una de las columnas de mármol que sostenían el techo abovedado. Su respiración era trabajosa, como si cada palabra le costara un pedazo de alma.

—*Balaklava fue una carnicería, signore. No pudimos tocar la playa. El mar se volvió pólvora y fuego. Las lanzas se alzaron como espinas de dragón contra nuestros hombres.* Hizo una pausa, y su mirada se perdió en algún punto del pasado que solo él podía ver. *Las armas... no eran cristianas.*

Un escalofrío recorrió la sala. Los ancianos de la **Loggia dei Navi**, veteranos que habían visto el ascenso y caída de imperios, se removieron inquietos en sus asientos. Uno de ellos, **Bartolomeo Gentile**, cuya barba blanca había sido testigo de tres décadas de conflictos, se inclinó hacia adelante.

—¿Qué clase de armas, muchacho?

—Carros que escupen trueno y muerte. Hombres vestidos de hierro que no caen aunque los atraveses con lanza. Y otros... otros que parecían moverse como sombras, cortando el aire con espadas que brillaban como estrellas. El mensajero se estremeció. Vi a **Capitano Grimaldi** ser partido en dos por uno de esos demonios. Su espada se quebró al chocar con la del enemigo, como si fuera de madera podrida.

Marzio della Torre se apartó de la ventana, y sus pasos resonaron con autoridad sobre las baldosas de mármol. Era un hombre de constitución robusta, con el rostro marcado por la determinación que había hecho de Génova la reina de los mares. Pero ahora, por primera vez en años, había algo en sus ojos que se parecía peligrosamente al miedo.

—¿Y los cuerpos? preguntó con voz controlada, aunque sus nudillos se habían vuelto blancos al cerrar los puños.

—Se los tragó el mar. Y el fuego. O las manos de los demonios negros que salían del polvo. El mensajero se derrumbó sobre una silla, y su cabeza cayó hacia adelante como si el peso de los recuerdos fuera demasiado para su cuello. Algunos decían que eran los espíritus de los muertos. Otros, que era el mismo diablo que había venido a cobrar las almas de los infieles.

Un silencio pesado como una losa de mármol cayó sobre el salón. Solo se escuchaba el repiqueteo de la lluvia y el murmullo lejano de las olas contra el puerto. Los presentes se miraron unos a otros, buscando en los rostros familiares alguna explicación que sus mentes se negaban a aceptar.

—¿Demonios? preguntó finalmente **Fabrizio Doria**, uno de los ancianos, con voz que intentaba sonar escéptica pero que temblaba ligeramente.

Ottavio Mazzarini había permanecido inmóvil durante todo el relato, con la mirada fija en el suelo de piedra. Cuando levantó la cabeza, sus ojos habían adquirido la dureza del acero templado.

—No, murmuró, y su voz atravesó el silencio como una daga. No son demonios. Son algo peor. Son hombres... que han visto el futuro.

II. El Eco de la Derrota

La mañana del **29 de noviembre** amaneció sin sol sobre el **campamento genovés de Cembalo**. Las nubes colgaban bajas y grises, como un techo de plomo que amenazaba con desplomarse sobre las tiendas de campaña dispuestas en formación militar. El aire olía a humo, sudor y el metal oxidado de las armas que habían visto demasiada sangre en los últimos días.

El **teniente Emilio di Noli** se había levantado antes del alba, como era su costumbre desde que había llegado a estas tierras malditas. Sentado en un taburete de madera frente a su tienda, afilaba su espada con movimientos metódicos, casi meditativos. La piedra de afilar producía un sonido rítmico que se

mezclaba con el despertar del campamento: el relinchar de los caballos, el crepitar de las fogatas, las conversaciones en voz baja de los soldados que preparaban el desayuno.

Era un hombre de mediana edad, con el cabello castaño salpicado de canas prematuras y una cicatriz que le atravesaba la mejilla izquierda desde la comisura de la boca hasta la oreja. Sus manos, callosas y precisas, habían empuñado la espada en más batallas de las que cuidaba recordar. Pero en sus ojos había una inquietud nueva, una sombra que no había estado ahí cuando desembarcó en Crimea seis meses antes.

El sonido de cascos aproximándose lo sacó de sus pensamientos. Un jinete se acercaba al galope, levantando una nube de polvo que se arremolinaba en el aire matutino. Era **Giacomo Spinola**, uno de los exploradores que habían sido enviados a **Korsula** para evaluar la situación tras las últimas escaramuzas.

Spinola desmontó antes de que su caballo se detuviera completamente, con la agilidad de quien ha pasado más tiempo en la silla que en tierra firme. Su rostro, normalmente jovial, estaba tenso y pálido. Se acercó a Di Noli con pasos rápidos, sin molestarse en saludar.

—*Teniente, dijo sin preámbulos, traigo noticias de Korsula.*

Di Noli dejó la piedra de afilar y se incorporó, enfundando la espada en su vaina. Alrededor de ellos, varios soldados habían interrumpido sus tareas matutinas para escuchar. La noticia viajaba rápido en un campamento militar, y todos sabían que las noticias que llegaban a galope tendido rara vez eran buenas.

—*Habla, ordenó Di Noli.*

—*Korsula aún resiste, pero a duras penas. Los defensores están agotados, y sus murallas han sido parcialmente derribadas.* Spinola se pasó una mano por el rostro, como si tratara de borrar las imágenes que había visto. *Pero Yalta Menor ya no existe.*

Un murmullo se extendió entre los soldados reunidos. Yalta Menor era una de las fortalezas más importantes de la región, considerada inexpugnable por su posición estratégica en un acantilado que dominaba la costa.

—*¿Cayó?* preguntó Di Noli, aunque algo en la expresión de Spinola le decía que la respuesta sería peor de lo que imaginaba.

—*No cayó. Fue abandonada... pero los defensores no huyeron.* Spinola tragó saliva con dificultad. *Murieron todos. Hasta el último hombre. Encontramos sus cuerpos en las murallas, en los patios, en las torres. Pero no había heridas de espada ni de lanza. Parecían... parecían haber sido consumidos por algún fuego interno.*

El silencio que siguió fue más ominoso que cualquier grito de guerra. Los soldados se miraron unos a otros, y más de uno se persignó discretamente. Di Noli sintió un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con el hambre.

—*¿Y nuestras bajas?*

—*Más de trescientos muertos en los caminos y asedios*, respondió Spinola con voz ronca. *Y eso no es lo peor. Los tártaros... los tártaros están en retirada.*

—*¿Retirada?*

—*No*, corrigió Spinola, y su voz se redujo a un susurro. *Desaparición. Como si la tierra se los hubiera tragado. Sus campamentos están vacíos, sus hogueras apagadas. Es como si nunca hubieran existido.*

III. El Último Lobo de la Estepa

El **1 de diciembre** llegó a **Feodosia** con la puntualidad de una sentencia de muerte. El cielo se había despejado, pero el sol parecía haberse vuelto más frío, como si las nubes hubieran absorbido todo su calor antes de dispersarse. El campamento genovés se extendía a lo largo de la costa, una ciudad temporal de lonas y madera que albergaba a los restos de lo que una vez había sido una fuerza expedicionaria orgullosa.

El **teniente Di Noli** había sido transferido a Feodosia junto con los supervivientes de Cembalo, y ahora se encontraba en la tienda de comando, estudiando mapas que parecían cada vez más inútiles. Las posiciones enemigas cambiaban constantemente, y los informes de los exploradores se contradecían entre sí. Era como si estuvieran luchando contra fantasmas que podían materializarse y desvanecerse a voluntad.

Un grito procedente del perímetro del campamento interrumpió sus pensamientos. Salió de la tienda y vio a varios soldados corriendo hacia las empalizadas exteriores. En la distancia, una figura solitaria se acercaba tambaleándose, montada en un caballo que parecía estar tan agotado como su jinete.

Cuando el jinete se acercó lo suficiente, Di Noli pudo ver que era un **mensajero del tumèn tártaro**, uno de los pocos supervivientes de las fuerzas auxiliares que habían sido enviadas a explorar las posiciones enemigas. Su rostro estaba deformado por el horror, y cuando trató de hablar, solo salieron sonidos inarticulados. Entonces Di Noli se dio cuenta de lo que había pasado: le habían cortado la lengua.

El caballo del mensajero estaba atravesado por varias flechas negras, clavadas en la silla y los flancos del animal. Eran flechas diferentes a cualquier cosa que hubiera visto antes: largas, delgadas, con puntas que brillaban con un fulgor metálico extraño. El caballo se derrumbó tan pronto como su jinete desmontó, y sus ojos se nublaron para siempre.

Uno de los intérpretes del campamento, un veterano llamado **Marco Pallavicini** que había servido en las estepas durante años, se acercó al mensajero e intentó comunicarse con él mediante gestos. Lo que siguió fue una conversación silenciosa y terrible, hecha de miradas desesperadas y movimientos de manos que dibujaban en el aire las formas de la muerte.

—*¿Qué dice?* preguntó Di Noli, aunque ya temía la respuesta.

Pallavicini se volvió hacia él con el rostro pálido como la cera.

—Dice que **Temur ibn Arslan** está muerto. Y no solo él... todos los suyos también.

Temur ibn Arslan, el viejo lobo de la estepa, el guerrero que había sobrevivido a cuarenta años de conflictos y había convertido su nombre en sinónimo de muerte súbita. Era imposible, impensable. Temur conocía cada piedra, cada arroyo, cada escondite de estas tierras. Era más probable que las montañas se desplomaran antes que él cayera en una emboscada.

—¿Cómo? preguntó Di Noli, aunque su voz sonó más como un gemido.

Pallavicini tradujo la pregunta al mensajero, y la respuesta llegó en forma de gestos frenéticos y ojos que se habían vuelto vidriosos por el terror.

—Dice que no fue un combate. No hubo sitio. No hubo escaramuza. Pallavicini hizo una pausa, como si las palabras se negaran a salir de su boca. Fue aniquilación. Habla de hombres que no hablaban, que caminaban como estatuas, y que cortaban el aire con espadas que brillaban como estrellas caídas.

Di Noli cerró su libro de cuentas con un golpe seco que resonó en el aire quieto del campamento. Durante un largo momento, permaneció inmóvil, contemplando el horizonte donde se perdían las estepas infinitas. Cuando habló, su voz era apenas un susurro.

—¿Dónde, en qué página de la historia, está escrito esto?

Y nadie respondió, porque no había respuesta que pudiera dar sentido a lo que estaba sucediendo. El mundo conocido se desmoronaba como un pergamino al fuego, y en su lugar surgía algo nuevo y terrible que no tenía nombre en ninguna lengua cristiana.

IV. El Consejo de la Desesperación

El 2 de diciembre de 1444 amaneció con una calma que parecía burlarse de la tormenta que se avecinaba. En la **Loggia dei Navi**, el gobernador **Marzio della Torre** había convocado un consejo cerrado, el tipo de reunión que solo se celebraba cuando la supervivencia misma de la república estaba en juego.

El salón, normalmente lleno de la algarabía de mercaderes y navegantes, se había transformado en un sepulcro de mármol donde las voces sonaban amortiguadas y las sombras parecían más densas de lo habitual. Las ventanas habían sido cerradas y cubiertas con tapices pesados, creando una atmósfera claustrofóbica que añadía peso a cada palabra pronunciada.

Della Torre ocupaba su lugar habitual en la cabecera de la mesa de roble, pero por primera vez en años, su presencia no dominaba completamente la habitación. Su rostro, marcado por las líneas que habían excavado décadas de decisiones difíciles, mostraba una fatiga que iba más allá del cansancio físico. A su derecha se sentaba el **Capitano Generale Ottavio Mazzarini**, cuyo uniforme impecable no podía ocultar la tensión que irradiaba como el calor de una fragua.

Frente a ellos se habían dispuesto dos representantes del **Consiglio di Anziani** llegados directamente desde Génova: **Alessandro Fregoso** y **Battista Cybo**, dos hombres cuya edad y experiencia habían

convertido sus rostros en mapas vivientes de la política mediterránea. Habían viajado durante semanas para llegar hasta Kaffa, y el polvo del camino aún se percibía en sus ropas a pesar de los esfuerzos por limpiarse.

El último miembro del consejo era **Girolamo Fieschi**, el jefe de espías de los exclaves, un hombre de mediana edad cuyo rostro anodino era su mejor arma. Tenía la capacidad de volverse invisible en cualquier multitud, y sus ojos grises parecían captar detalles que otros pasaban por alto. Era el tipo de hombre que sabía dónde estaban enterrados todos los secretos y nunca los desenterraba sin una buena razón.

Della Torre se aclaró la garganta, y el sonido resonó en el silencio como una campana funeral.

—*Caballeros, comenzó con voz grave, hemos llegado al punto donde la diplomacia y la estrategia convencional han mostrado sus límites. Nuestros barcos están dañados, nuestra infantería dividida, nuestros aliados exterminados. Nuestros hombres tienen miedo de su propia sombra.*

Hizo una pausa, y su mirada recorrió los rostros de los presentes como si buscara en ellos la salvación que no encontraba en los informes.

—*Pero lo que más me preocupa es que el pueblo de Kaffa murmura que **Alexis de Gothia** es un profeta. Un demonio. Un dios nuevo que ha venido a barrer con todo lo que conocemos.*

Alessandro Fregoso se removió en su asiento, y el cuero de su silla crujió como huesos viejos. Era un hombre de casi setenta años, con una barba blanca que le llegaba hasta el pecho y ojos que habían visto el ascenso y caída de más reyes de los que cuidaba recordar.

—*En Génova, dijo con voz ronca, corren rumores similares. Dicen que este príncipe de Theodoro posee armas que vienen del mismo infierno. Que puede invocar el fuego del cielo y que sus soldados son inmortales.*

—*Los rumores son el veneno de los imperios, intervino **Battista Cybo**, cuya voz tenía el tono seco de quien ha pasado décadas desentrañando conspiraciones. Pero cuando todos los rumores apuntan en la misma dirección, es momento de prestar atención.*

Todos los ojos se volvieron hacia **Girolamo Fieschi**, quien había permanecido en silencio durante toda la conversación. El espía se tomó su tiempo antes de hablar, como si cada palabra tuviera que ser pesada cuidadosamente antes de ser pronunciada.

—*No es un dios, dijo finalmente, y su voz tenía la certeza de quien ha visto la verdad desnuda. Es un príncipe. Pero tiene en sus manos la voluntad del cielo. Y del infierno.*

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier discurso. **Mazzarini** fue el primero en romperlo, golpeando la mesa con el puño.

—*¿Entonces qué proponen que hagamos! ¿Que nos rindamos sin luchar? ¿Que abandonemos siglos de dominio genovés en el Mar Negro?*

Fieschi lo miró con esos ojos grises que parecían ver a través de las personas.

—*Propongo que aprendamos de nuestros errores. Que enviemos espías, no ejércitos. Que estudiemos a este príncipe antes de enfrentarlo. Porque lo que hemos visto hasta ahora no es más que una muestra de lo que puede hacer.*

—*¿Y mientras tanto?* preguntó **Della Torre**.

—*Mientras tanto*, respondió **Fieschi**, *rezamos para que no decida venir por nosotros.*

V. El Peso de la Derrota

En las horas que siguieron al consejo, **Kaffa** se transformó en una ciudad fantasma. La moral genovesa, que había sido el pilar sobre el que se construía el dominio mediterráneo, se desplomó como un castillo de naipes en una tormenta. Los soldados, veteranos de mil batallas, se negaban a marchar sin extrema protección. Algunos habían comenzado a susurrar que prefería desertar antes que enfrentarse a los "demonios de Theodoro".

Mazzarini había enviado mensajeros urgentes a **Trebisonda** y **Génova**, solicitando refuerzos que sabía que tardarían meses en llegar. Mientras tanto, el puerto de Kaffa había entrado en estado de defensa total: las cadenas habían sido extendidas a través de la entrada del puerto, las ballestas habían sido montadas en las murallas, y cada barco había sido convertido en una fortaleza flotante.

Pero las consecuencias se extendían más allá de lo militar. Las relaciones con el **Kanato de Crimea** se habían fracturado irreparablemente. El **Kan** había recibido informes detallados del desastre, y aunque no había emitido ninguna declaración oficial, se sabía que culpaba a Génova por el uso fallido de su *tumèn*. El comercio de esclavos, que había sido una de las fuentes principales de ingresos de la colonia, se había congelado completamente.

Los mercaderes genoveses, que una vez habían llenado las calles de Kaffa con sus gritos y negociaciones, ahora se reunían en grupos pequeños y susurraban sobre rutas alternativas y puertos más seguros. Algunos ya habían comenzado a cargar sus barcos con las mercancías más valiosas, preparándose para una evacuación que nadie quería admitir pero que todos consideraban inevitable.

En medio de este caos, **Girolamo Fieschi** había intensificado sus operaciones de espionaje. Todos los recursos disponibles fueron dedicados a una sola tarea: averiguar qué armas poseía realmente **Theodoro** y cómo podían ser contrarrestadas. Los informes que llegaban hablaban de "carros que escupen trueno" y "hombres sin alma que no mueren", pero nadie sabía cómo separar la realidad de la mitología.

Un grupo de espías había sido enviado a infiltrarse en el territorio enemigo, disfrazados como mercaderes o peregrinos. Su misión era simple en teoría pero terriblemente peligrosa en la práctica: capturar a uno de los "hombres del León" para estudiarlo y descubrir los secretos de su aparente invencibilidad.

Mientras tanto, en los salones del poder, la **Loggia dei Mercanti** se había dividido en facciones que amenazaban con desgarrar la unidad que había sido la fuerza de Génova durante siglos.

La **facción de guerra**, liderada por veteranos como **Mazzarini**, clamaba por enviar una flota mayor desde Génova y reclutar condottieros italianos que pudieran enfrentarse a cualquier enemigo, sin importar cuán extrañas fueran sus armas.

La **facción de cautela**, compuesta principalmente por mercaderes y administradores, sugería iniciar negociaciones inmediatas para evitar la ruina comercial completa en Crimea. Argumentaban que era mejor perder territorios que perder la capacidad de comerciar completamente.

La **facción religiosa**, una minoría vocal pero influyente, había comenzado a presionar para que se solicitara al Papa una bula especial de cruzada contra el "hombre de fuego". Creían que solo la intervención divina podía enfrentar lo que parecía ser una fuerza sobrenatural.

VI. El Silencio de los Tambores

Esa noche, por primera vez desde el inicio de las hostilidades, **Kaffa** no tocó tambores. La tradición, que se remontaba a la fundación de la colonia, dictaba que cada noche las torres de la ciudad debían hacer sonar sus tambores para mantener alta la moral de los defensores y recordar a los enemigos que la ciudad permanecía vigilante.

Pero esa noche, el silencio se extendió por las calles empedradas como una niebla espesa. Las torres no encendieron sus fuegos de señales, los barcos no salieron en patrullas nocturnas, y los centinelas susurraban sus órdenes en lugar de gritarlas.

En las tabernas, los soldados hablaban en voz baja, como si temieran que sus palabras pudieran ser escuchadas por oídos enemigos. Las historias que se contaban ya no eran de victorias gloriosas o botines abundantes, sino de compañeros que habían desaparecido sin dejar rastro y de armas que se rompían al contacto con el enemigo.

En una de estas tabernas, **La Sirena Dorada**, un veterano de las guerras lombardas llamado **Pietro Malaspina** bebía su tercera jarra de vino mientras observaba las caras sombrías de sus compañeros. Era un hombre de cuarenta años, con cicatrices que cruzaban su rostro como un mapa de batallas pasadas y ojos que habían visto demasiada muerte para seguir sorprendiéndose.

Finalmente, se puso en pie con movimientos deliberados, miró a todos los presentes, y escupió en el suelo de madera con un gesto que resumía todo su desprecio por la situación.

—*Prefiero morir contra hombres*, dijo con voz ronca, *no contra fantasmas con espadas de luz*.

Sus palabras resonaron en el silencio de la taberna como una sentencia final, y nadie se atrevió a contradecirlo. Porque en el fondo, todos sabían que tenía razón. La guerra que se avecinaba no sería como ninguna otra que hubieran enfrentado antes.

Y en la distancia, más allá de las murallas de Kaffa, el viento nocturno susurraba secretos que ningún oído cristiano estaba preparado para escuchar.

Epílogo: Las Semillas del Cambio

Mientras **Kaffa** se sumía en el silencio de la derrota, en tierras lejanas los ecos de los acontecimientos crimeos comenzaban a extenderse como ondas en un estanque. En **Constantinopla**, el emperador **Constantino XI** recibía informes que lo llenaban de inquietud y esperanza a partes iguales. Un nuevo poder había surgido en el norte, uno que parecía capaz de enfrentar a los enemigos tradicionales de Bizancio.

En **Venecia**, los espías de la Serenísima recopilaban información sobre las nuevas armas que habían aparecido en Crimea, preguntándose si podrían ser adquiridas o replicadas. En **Roma**, el Papa **Nicolás V** convocaba a sus consejeros para discutir si estos eventos constituían una amenaza para la cristiandad o una oportunidad para recuperar territorios perdidos.

Pero el impacto más inmediato se sentía en las cortes de **Europa Oriental**, donde reyes y príncipes comenzaban a preguntarse si este **Príncipe Alexis de Theodoro** podría ser el aliado que necesitaban contra el creciente poder otomano.

El mundo medieval estaba cambiando, y los vientos de ese cambio soplaban desde las costas del Mar Negro hacia todos los rincones del continente. Lo que había comenzado como una disputa local entre genoveses y un principado menor se estaba convirtiendo en algo mucho más grande.

Y en el corazón de ese cambio, en algún lugar de las montañas de Crimea, un príncipe estudiaba mapas y preparaba el siguiente movimiento en un juego que ya no era local, sino que abarcaría el destino de imperios.

El silencio de Kaffa era solo el comienzo.

Capítulo XVI: "Acero por Tributo, Muerte por Deshonra"

"No todos los reyes esperan a que el enemigo toque su puerta. Algunos caminan hasta su umbral, derriban la muralla, y arrojan su cabeza sobre la mesa." —Cantos de la Guardia del León, invierno del año 6952 desde la Creación (1444 d.C.)

I. En las Profundidades del Juramento

Los sótanos de **Mangup** habían conocido muchos secretos a lo largo de los siglos. Tallados en la roca viva de la montaña, estos espacios subterráneos habían servido como depósitos de grano en tiempos de abundancia, como refugios durante los asedios, y como cámaras funerarias para los príncipes antiguos. Pero esa noche del **2 de diciembre de 1444**, las piedras milenarias fueron testigos de algo que jamás habían presenciado: la transformación de un principado medieval en una máquina de guerra que desafiaría las leyes mismas de la realidad.

Las antorchas colocadas en nichos estratégicos proyectaban sombras danzantes sobre las paredes, donde todavía se podían distinguir los grabados dejados por generaciones de artesanos bizantinos. Pero ahora, entre esos relieves de águilas bicéfalas y cruces ortodoxas, se alzaban estructuras que parecían haber sido arrancadas de los sueños de un ingeniero divino: pantallas holográficas que mostraban mapas tridimensionales de la península, sistemas de comunicación que conectaban cada rincón del principado, y en el centro de todo, una mesa de comando donde se desplegaban los preparativos de lo que **Alexis de Gothia** había decidido llamar simplemente "el castigo".

Era la primera vez desde la proclamación de Theodoro como principado independiente que el **Consejo de Guerra Total** se reunía en pleno. No era una convocatoria ordinaria, no era una consulta diplomática, no era siquiera una decisión estratégica normal. Era el momento en que un príncipe medieval tomaba las riendas de una fuerza que combinaba la sabiduría antigua con la tecnología del futuro, donde la tradición guerrera de los godos se fusionaba con las armas que aún no habían sido inventadas en ningún otro lugar del mundo.

Alexis se había despojado de sus vestiduras ceremoniales. La túnica púrpura que normalmente llevaba en las audiencias públicas, la corona que simbolizaba su autoridad legítima, incluso los anillos que marcaban su rango dentro de la jerarquía nobiliaria... todo había sido abandonado. En su lugar, vestía una túnica negra simple, práctica, diseñada para ser la base sobre la cual se construiría algo mucho más poderoso.

Los miembros del consejo lo observaban con una mezcla de admiración y terror reverencial. **Konstantin Palaiologos**, el comandante de la guardia personal, había visto al príncipe enfrentarse a enemigos mortales sin pestañear, pero nunca lo había visto con esa expresión de determinación absoluta. **Theodora Kantakouzenos**, la consejera política cuya mente había navegado las aguas

traicioneras de la diplomacia durante décadas, reconocía en los ojos de Alexis algo que trascendía la simple ambición: era la mirada de quien ha decidido que ya no hay vuelta atrás.

—*Caballeros, dijo Alexis con voz que resonó en la caverna como el eco de una sentencia divina, durante meses hemos tolerado insultos que habrían provocado la guerra en cualquier corte civilizada. Hemos aceptado tributos que sabíamos injustos para mantener una paz que nunca fue respetada por nuestros enemigos. Hemos permitido que los buitres de Génova creyeran que Theodoro necesitaba su sombra para existir en este mundo.*

Su voz se endureció, adquiriendo un tono que no admitía réplica ni duda.

—*Ya no más.*

Las palabras se extendieron por el salón subterráneo como ondas en un estanque, y cada hombre presente sintió que estaba siendo testigo de un momento que se recordaría durante generaciones. No era simplemente la declaración de guerra de un príncipe local contra sus vecinos comerciantes. Era el rugido de un león que había decidido que era hora de recordar al mundo quién era el verdadero señor de estas tierras.

Alexis se dirigió hacia el centro de la sala, donde una estructura metálica esperaba en silencio. Era hermosa y terrible a la vez, como si hubiera sido forjada por dioses guerreros en las fraguas del olimpo. Su superficie negra reflejaba la luz de las antorchas con destellos dorados, y su forma, aunque claramente diseñada para el combate, poseía una elegancia que la convertía en algo más que un simple arma: era arte, era símbolo, era la materialización física de la voluntad de un soberano que había decidido que las reglas del juego habían cambiado para siempre.

—*Hoy, continuó Alexis, marchamos a reclamar lo que es nuestro por derecho, por sangre, y por la gracia de Dios. Pero no lo haremos como nuestros antepasados. No con espadas que se oxidan y escudos que se agrietan. Lo haremos con las armas que nos han sido concedidas por la providencia divina, con la fuerza que nace cuando la justicia se une a la tecnología, cuando la fe se combina con el acero del futuro.*

El silencio que siguió fue más profundo que cualquier juramento. Era el silencio de hombres que sabían que estaban a punto de participar en algo que cambiaría el curso de la historia.

II. La Segunda Piel del León

El amanecer del **3 de diciembre de 1444** llegó con una claridad cristalina que parecía burlarse de la oscuridad de los tiempos. En el silencio previo al alba, cuando incluso los pájaros parecían contener el aliento, **una estructura negra y curvada surgió del centro de Mangup**, como si el mismísimo suelo hubiera dado a luz una máquina de guerra concebida en los sueños de un dios guerrero.

Los ciudadanos de la capital que se atrevieron a mirar desde las ventanas de sus casas fueron testigos de algo que desafiaba toda comprensión: de esa estructura emergía su príncipe, **Alexis de Gothia**, pero

ya no como el hombre que conocían. Ya no era el diplomático que había negociado con embajadores extranjeros, ni el estratega que había planificado las defensas de la ciudad. Era algo nuevo, algo que combinaba lo mejor de la humanidad con la perfección de la máquina.

El **exoesqueleto personal** que ahora envolvía su cuerpo era una obra maestra de ingeniería que desafiaba las leyes de la física medieval. La armadura negra, realzada con filos de oro pálido que parecían capturar y reflejar la luz del amanecer, había sido diseñada con proporciones humanas pero potenciada por **motores mioeléctricos y servos invisibles** que multiplicaban cada movimiento, cada gesto, cada respiración. No era simplemente protección; era transformación.

La coraza se cerró sobre su torso con un chasquido final que resonó en el aire matutino como el cierre de un libro sagrado. Y entonces, como si el mismo universo hubiera estado esperando ese momento, los **ojos del León brillaron en el yelmo**, proyectando información táctica en tiempo real que se superponía a la realidad como visiones proféticas. Los **satélites orbitales** que habían sido sus ojos silenciosos en el cielo ahora se convertían en una extensión de su propia consciencia, conectándolo con cada rincón de su dominio y más allá.

Alexis alzó la vista hacia el cielo, donde sabía que sus guardianes mecánicos surcaban el vacío, y luego dirigió su mirada hacia los hombres que se habían reunido en el patio de armas. Eran sus soldados, sus súbditos, sus hermanos en armas. Pero también eran testigos de su metamorfosis, de su transformación de príncipe mortal en algo que rozaba lo divino.

Uno por uno, sin necesidad de órdenes, los soldados se arrodillaron. No era simplemente un gesto de respeto militar; era el reconocimiento instintivo de que estaban en presencia de algo que trascendía las categorías normales de la realeza. Era adoración, era terror, era amor. Era la respuesta humana ante lo sublime.

Y entonces **Alexis** habló, y su voz, amplificada por los sistemas del exoesqueleto pero sin perder su humanidad esencial, se extendió por toda la capital como el rugido de un león que reclama su territorio:

—He tolerado insultos que habrían hecho temblar los cimientos de imperios. He aceptado tributos que sabía injustos para preservar una paz que nunca fue más que una ilusión. He permitido que los buitres de Génova creyeran que Theodoro necesitaba su sombra para existir en este mundo de ambición y codicia.

Su voz se endureció, adquiriendo un tono que llegaba hasta los huesos de quienes la escuchaban.

—Ya no más.

Las palabras se alzaron como una marea que barrierá todo a su paso, y en ese momento, cada hombre presente supo que estaba siendo testigo del nacimiento de una nueva era.

—¡Hoy, marchamos a reclamar lo que es nuestro por derecho divino, por sangre derramada, y por la justicia que ha esperado demasiado tiempo! ¡Hoy, el mundo conocerá el verdadero rostro de Theodoro!

El rugido que siguió no fue simplemente un grito de guerra. Era el rugido de un pueblo que había encontrado su voz, de un principado que había decidido que ya no se conformaría con las migajas que le arrojaban los imperios vecinos. Era el sonido de la historia cambiando de dirección.

III. La Forja del Ejército Perfecto

En las horas que siguieron a la proclamación, **Mangup** se transformó en una colmena de actividad frenética pero perfectamente coordinada. **Alexis** había ordenado la creación de una fuerza expedicionaria que no tendría paralelo en la historia militar: el **Tagma Leontoktonon**, la **Cohorte del León Matador**, un ejército que combinaría lo mejor de la tradición guerrera bizantina con tecnología que aún no había sido soñada por ningún otro estratega en el mundo conocido.

La organización de esta fuerza era una obra de arte en sí misma, cada componente cuidadosamente seleccionado y entrenado para formar parte de un organismo militar que funcionaría con la precisión de un reloj de precisión suiza y la letalidad de una tormenta divina.

Los **120 Leones Silentes** formaron el núcleo de élite del ejército. Estos guerreros, cada uno equipado con su propio exoesqueleto personalizado, representaban la evolución final del soldado medieval. Sus **espadas de fase** podían cortar a través del acero como si fuera mantequilla, mientras que sus **ballestas sónicas** disparaban proyectiles que viajaban más rápido que el sonido y podían derribar a un caballo a quinientos metros de distancia. No eran simplemente soldados; eran la materialización física de la voluntad de su príncipe, guerreros que habían trascendido las limitaciones de la carne mortal para convertirse en algo más cercano a los ángeles vengadores de las escrituras antiguas.

Los **carros de guerra husitas reforzados** constituían la columna vertebral blindada del ejército. Dieciocho bastiones móviles, cada uno una fortaleza en miniatura, habían sido acorazados con **acero al carbono** que podía resistir el impacto de cualquier arma conocida en la Europa medieval. Montaban **rifles de cerrojo** que podían disparar con precisión letal a distancias que desafiaban la comprensión de los artilleros tradicionales, y **protogranaderos** que podían lanzar proyectiles explosivos con una precisión que habría hecho llorar de envidia a los mejores ingenieros de asedio bizantinos. Cada carro llevaba seis hombres, soldados de élite que habían sido entrenados para funcionar como una unidad perfectamente coordinada.

Los **300 tiradores de élite** de la capital representaban la nueva generación de guerreros a distancia. Entrenados con rifles que podían abatir a un enemigo a distancias que parecían mágicas, estos hombres habían sido organizados en compañías según su rango y experiencia. Portaban **200 protogranadas** almacenadas en baúles ignífugos, munición que podía convertir una formación enemiga en una nube de humo y sangre en cuestión de segundos. Cada uno de ellos era un artista de la muerte, capaz de cambiar el curso de una batalla con un solo disparo bien colocado.

Los **600 lanceros de apoyo** habían sido equipados con **corazas de acero lunar**, una aleación que combinaba resistencia excepcional con ligereza sobrenatural. Su responsabilidad era flanquear las formaciones enemigas, custodiar los convoyes de suministros, y proteger las retaguardias del ejército

principal. Aunque no poseían el equipamiento más avanzado, su entrenamiento y disciplina los convertían en una fuerza formidable que podía enfrentarse a cualquier infantería tradicional con garantías de victoria.

Pero las verdaderas joyas del arsenal eran los **2 golems de artillería improvisada**, torretas automáticas que habían sido ingeniosamente camufladas como carretas religiosas. Estas máquinas de guerra, dotadas con **fuego directo por microexplosores de ignición interna**, podían disparar proyectiles perforantes a tres kilómetros de distancia con una precisión que rayaba en lo sobrenatural. Cualquier comandante enemigo que las viera acercarse las tomaría por simples carros de suministros religiosos, hasta que fuera demasiado tarde para reaccionar.

El total de las fuerzas movilizadas ascendía a **1,050 hombres**, una cifra que había sido calculada meticulosamente para maximizar el poder de fuego sin dejar vulnerable la capital. El sistema de **vigilancia orbital** y la presencia de los **Leones** restantes en **Mangup** garantizaban que el principado permanecería protegido incluso con el grueso del ejército en campaña.

Alexis, desde su puesto de comando en el exoesqueleto, observaba los preparativos con la satisfacción del artista que contempla su obra maestra. Cada soldado, cada arma, cada vehículo había sido seleccionado y posicionado con un propósito específico. No era simplemente un ejército; era un instrumento de precisión quirúrgica diseñado para cumplir una misión que cambiaría el equilibrio de poder en el Mar Negro para siempre.

IV. El Camino del Juicio

La **Ruta del León**, como sería conocida en los anales históricos, fue planificada con la precisión de un maestro ajedrecista que puede ver veinte jugadas en el futuro. **Alexis** había estudiado cada sendero, cada colina, cada arroyo de la península de Crimea hasta conocerlos mejor que las líneas de su propia palma. Ahora, esa información se convertiría en la clave de una campaña que combinaría la velocidad del rayo con la inevitabilidad del destino.

El ejército del **Tagma Leontoktonon** se dividió en tres columnas, cada una diseñada para cumplir un objetivo específico en la sinfonía de destrucción que **Alexis** había compuesto.

La **Columna Este** marchó hacia los restos de **Yalta Menor**, donde los informes de inteligencia habían confirmado la presencia de una fuerza genovesa de doscientos hombres que había establecido una posición temporal entre las ruinas. Era una fuerza considerable según los estándares medievales, pero para los **Leones Silentes** que la encabezaban, no representaba más que un ejercicio de calentamiento. Su misión era clara: neutralizar la amenaza, capturar a los supervivientes para interrogatorio, y enviar un mensaje que resonaría en todos los puestos genoveses de la región.

La **Columna Central** tomó la ruta más directa a través del antiguo eje de **Chufut-Kale** y **la vía de los pozos**, un camino que había sido utilizado por comerciantes y ejércitos durante siglos. Su objetivo eran las líneas de suministro que abastecían las fortalezas enemigas de **Cembalo** y **Sudak**. Cortar estas

arterias vitales sería como estrangular lentamente a un gigante: los efectos no serían inmediatos, pero serían inevitables y devastadores.

La **Columna Oeste** eligió la ruta más peligrosa y espectacular: una travesía a través de las montañas, oculta por la niebla matutina y los cañones que habían sido excavados por milenios de erosión. Esta columna tenía la misión más audaz: caer sobre los puestos costeros enemigos cercanos a **Balaklava** como una avalancha de acero y fuego, golpeando donde menos se esperaba y con una fuerza que desmoralizaría a cualquier defensor.

La coordinación entre las tres columnas era perfecta, un testimonio de la planificación meticulosa y la tecnología avanzada que **Alexis** había puesto a disposición de su ejército. Cada unidad estaba equipada con **comunicadores ópticos** disimulados en los collares de los exoesqueletos, dispositivos que parecían simples ornamentos pero que en realidad eran terminales de una **red encriptada orbital** que conectaba cada soldado con el centro de comando.

Alexis mismo dirigía toda la operación desde el núcleo del convoy central, su exoesqueleto convertido en el cerebro de un organismo militar que se extendía por toda la península. Las **sondas de vigilancia** que orbitaban la región transmitían información en tiempo real sobre todo movimiento hostil en un radio de **80 kilómetros**, creando una red de inteligencia que hacía imposible cualquier sorpresa táctica.

No era simplemente una marcha militar; era una **operación quirúrgica** que combinaba sigilo, letalidad, y un componente que **Alexis** consideraba tan importante como las armas: el elemento sagrado. Sus soldados no marchaban simplemente como conquistadores; marchaban como instrumentos de la justicia divina, como la espada de un dios que había decidido que era hora de equilibrar las cuentas.

El paisaje de Crimea se extendía ante ellos como un mapa viviente, cada colina y cada valle familiar desde las horas incontables que **Alexis** había pasado estudiando la geografía desde sus satélites. Pero ahora, por primera vez, no lo contemplaba desde la seguridad de su torre en **Mangup**. Ahora caminaba sobre esa tierra como un dios que había decidido descender al mundo mortal para impartir justicia personal.

V. La Purificación del Territorio

La primera sangre se derramó en **Yalta Menor** cuando el sol alcanzó su cenit el **4 de diciembre**. La **Columna Este** había avanzado durante la noche como sombras silenciosas, usando el terreno montañoso para enmascarar su aproximación hasta que fue demasiado tarde para cualquier defensa organizada.

Los **206 defensores genoveses** que habían convertido las ruinas de la fortaleza en un puesto avanzado despertaron con el sonido de algo que sus mentes no podían procesar completamente. No era el rugido familiar de los cañones de asedio, ni el grito de guerra de la caballería que carga. Era un zumbido bajo

y constante, como el sonido de una tormenta que se aproxima, mezclado con el chasquido metálico de armaduras que se movían con precisión sobrenatural.

El **asalto envolvente** fue una demostración de la perfección táctica que se alcanza cuando la tecnología avanzada se combina con la estrategia militar refinada durante siglos. Los **Leones Silentes** se desplegaron en formación de pinza, aprovechando la capacidad de sus exoesqueletos para moverse por terreno que habría sido imposible para soldados convencionales. Saltaron por encima de las defensas improvisadas, escalaron muros que parecían infranqueables, y atacaron desde ángulos que desafiaban toda lógica militar tradicional.

Las **protogranadas** se utilizaron con precisión quirúrgica, no para causar destrucción masiva, sino para crear puntos de entrada estratégicos que obligaran a los defensores a agruparse en posiciones donde pudieran ser capturados en lugar de aniquilados. Era una demostración de control absoluto: **Alexis** quería prisioneros que pudieran llevar testimonio de lo que habían visto, no montones de cadáveres que no pudieran contar ninguna historia.

El resultado fue tan abrumador como había sido planificado: **206 prisioneros genoveses**, todos capturados sin que se registrara una sola baja en las filas theodorianas. No fue una batalla; fue una demostración de superioridad tan absoluta que rayaba en lo sobrenatural.

Pero la verdadera prueba llegó en los caminos de **Chufut-Kale**, donde una **emboscada tártaro-genovesa** había sido preparada con la meticulosidad de cazadores expertos. Sesenta y ocho guerreros, una mezcla de jinetes tártaros y ballesteros genoveses, habían elegido un desfiladero estrecho donde las formaciones enemigas se verían obligadas a avanzar en columna, vulnerables a un ataque coordinado desde las alturas.

Lo que no habían previsto era que estaban tendiendo una trampa a presas que podían volar.

Los **Leones Silentes** de la **Columna Central** detectaron la emboscada antes de entrar en el desfiladero, gracias a la información proporcionada por los satélites orbitales. En lugar de evitar el encuentro, **Alexis** decidió convertirlo en una lección que resonaría en todos los campamentos enemigos de la región.

La **descarga sincronizada** de los **Leones Silentes** duró exactamente **cuatro minutos**. Cuatro minutos en los que el aire se llenó de energía que convertía el acero en vapor y la carne en polvo. Las **armas de energía** utilizadas por los **Leones** no dejaron cuerpos reconocibles; donde momentos antes había estado una fuerza de emboscada orgullosa de su posición táctica, ahora solo quedaba una marca carbonizada en la piedra del desfiladero.

De los sesenta y ocho enemigos, solo cuatro lograron sobrevivir, y únicamente porque los **Leones** habían recibido órdenes específicas de mantener algunos testigos. Las armas capturadas fueron arrojadas al fuego como ofrendas rituales, un gesto que tenía tanto de practicidad como de simbolismo: **Alexis** no quería que ningún herrero enemigo tuviera la oportunidad de estudiar los restos de sus soldados caídos.

Pero lo que más impacto causó en la región no fueron las victorias militares, sino la reacción de los **pueblos liberados**. Los habitantes de las aldeas que habían estado bajo el control genovés o que habían sido saqueadas por las incursiones tártaras no recibieron a los **Leones** con cánticos de celebración. No hubo flores arrojadas desde las ventanas, ni niños corriendo junto a los soldados victoriosos.

En lugar de eso, **cayeron de rodillas. Besaron el polvo** bajo las botas de los theodorianos. **Temían que fueran ángeles. O espectros**. La tecnología que **Alexis** había puesto en manos de sus soldados era tan avanzada comparada con todo lo que habían visto antes, que la única explicación que sus mentes podían aceptar era que se trataba de seres sobrenaturales.

Y **Alexis** no hizo nada para corregir esa impresión. Desde su puesto de comando, observando las reacciones a través de las cámaras de sus soldados, comprendió que **el miedo era una herramienta tan afilada como el acero**. La adoración temerosa de los pueblos liberados se extendería más rápido que cualquier mensaje oficial, llegando a los oídos de los enemigos como un presagio de lo que les esperaba.

La **purificación del territorio** no era simplemente una operación militar; era una demostración de poder que redefiniría las reglas del juego en toda la región. Cada victoria, cada pueblo liberado, cada enemigo derrotado enviaba el mismo mensaje: el tiempo de las medias tintas había terminado. El **León de Theodoro** había despertado, y su rugido resonaría hasta los confines del mundo conocido.

VI. El Juramento ante las Llamas

El **5 de diciembre** se despidió con un crepúsculo que parecía haber sido pintado por un artista divino. Los colores se extendían por el horizonte como una promesa de que el día siguiente traería cambios que nadie podría haber imaginado. En un claro antes de entrar en la línea de visión de **Kaffa**, donde las luces de la ciudad genovesa comenzaban a brillar como estrellas terrestres en la distancia, **Alexis** había ordenado que se reuniera el grueso de su ejército.

No era simplemente una parada para descansar o revisar el equipamiento. Era el momento de la **declaración final**, el instante en que un príncipe se transformaba definitivamente en algo más grande que un simple soberano mortal. Las llamas de los **carros de guerra** alumbraban la llanura como antorchas gigantescas, creando un anfiteatro natural donde la historia estaría a punto de dar un giro que cambiaría el destino de imperios.

Los **1,050 hombres** del **Tagma Leontoktonon** se habían formado en un semicírculo perfecto, cada soldado en su posición exacta, cada arma preparada, cada corazón latiendo al unísono con la determinación que emanaba de su comandante. Los **Leones Silentes** permanecían inmóviles como estatuas de guerra, sus exoesqueletos reflejando la luz del fuego con destellos que parecían estrellas caídas del cielo. Los **tiradores de élite** mantenían sus rifles en posición de descanso, pero listos para entrar en acción en un instante. Los **lanceros de apoyo** formaban las líneas exteriores, creando un perímetro defensivo que parecía capaz de detener cualquier fuerza que se atreviera a desafiarlos.

Alexis se alzó sobre una elevación natural del terreno, su exoesqueleto magnificando su presencia hasta convertirlo en una figura que parecía salida de las leyendas épicas. Las llamas danzantes se reflejaban en su armadura negra con destellos dorados, y los **ojos del León** en su yelmo brillaban con una intensidad que parecía penetrar directamente en el alma de quienes lo contemplaban.

Cuando habló, su voz se extendió por la llanura con una resonancia que llegaba no solo a los oídos, sino a lo más profundo del corazón:

—*¡Soldados de Theodoro! ¡Leones del León! ¡Hijos de una tierra que ha esperado demasiado tiempo su momento de gloria!*

El silencio que siguió fue más profundo que cualquier abismo, cargado con la expectación de mil hombres que sabían que estaban a punto de escuchar palabras que recordarían hasta el día de su muerte.

—*Estos hombres que se esconden tras las murallas de Kaffa olvidaron quién protege esta tierra. Olvidaron que el tributo que exigían no era símbolo de sumisión, sino de nuestra tolerancia. Olvidaron que la paz que hemos mantenido no nacía de nuestra debilidad, sino de nuestra sabiduría.*

Su voz se endureció, adquiriendo el tono del acero que se templea en el fuego:

—*¡Pero la tolerancia tiene límites! ¡La sabiduría no es cobardía! ¡Y la paciencia de los dioses no es infinita!*

Un murmullo de aprobación recorrió las filas, como el sonido de una tormenta que se aproxima. Los soldados sentían que cada palabra de su príncipe encendía algo en su interior, algo que había estado dormido durante demasiado tiempo.

—*Ahora pagarán con lo único que tienen: hueso y carne. Su oro, ese oro que creían que podía comprar la sumisión de un pueblo libre, será fundido para forjar los sellos de nuestra victoria. Sus barcos, que creían que podían navegar por nuestras aguas sin permiso, se convertirán en los cimientos de nuestros nuevos puertos. Sus fortalezas, que creían inexpugnables, se transformarán en monumentos a nuestra justicia.*

Alexis alzó su brazo blindado hacia el cielo, y por un momento, pareció que estaba invocando a los dioses antiguos para que fueran testigos de su juramento:

—*¡Mañana, Kaffa nos verá! ¡Y cuando lo haga, cuando sus vigías contemplen nuestras banderas acercándose por el horizonte, cuando escuchen el rugido de nuestras máquinas de guerra, cuando sientan temblar la tierra bajo nuestros pasos... la ciudad no dormirá jamás otra vez!*

El rugido que siguió no fue simplemente un grito de guerra. Fue el rugido de un pueblo que había encontrado su destino, de un ejército que había trascendido la simple función militar para convertirse en el instrumento de la justicia divina. Fue el sonido de la historia cambiando de curso, de un mundo que estaba a punto de descubrir que las reglas del juego habían sido reescritas por completo.

Las llamas de los carros se alzaron más alto, como si hubieran sido alimentadas por la energía pura que emanaba de los soldados reunidos. En la distancia, las luces de **Kaffa** brillaban ajenas a la tormenta que

se aproximaba, como estrellas que no saben que están a punto de ser eclipsadas por un sol más brillante.

Alexis contempló a sus hombres, estos guerreros que habían elegido seguirlo no solo por lealtad, sino por la convicción de que estaban participando en algo más grande que una simple campaña militar. Estaban escribiendo una nueva página en los anales de la historia, una página que hablaría de